

Alfredo Iriarte

# Bestiario tropical



Lectulandia

*Bestiario Tropical* es un conjunto de crónicas ciertamente alucinantes en el que la realidad y la fantasía se mezclan para conformar un fresco demencial que muestra, en un tono sostenido de exquisito humor negro, todas las extravagancias y las actitudes tragicómicas y grotescas que fueron el rasgo esencial y el común denominador de quienes, vistos ya con perspectiva histórica, pueden considerarse como los exponentes más significativos de esta fauna delirante y sin precedentes históricos de los dictadores hispanoamericanos.

Lectulandia

Alfredo Iriarte

# Bestiario tropical

ePub r1.0

Titivillus 23.02.17

Título original: *Bestiario tropical*  
Alfredo Iriarte, 1986  
Prólogo: Leonel Giraldo  
Ilustración carátula: Pilar Caballero

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

*En Calígula, the untold story, una película triste y barata que pretende explotar al mismo tiempo la historia y el sexo, hay, sin embargo, para efectos de lo que aquí vamos a tratar, un parlamento que podría parecer verdadero. El diálogo transcurre en las gradas del trono del emperador romano. Calígula moja sus dedos en la sangre todavía fresca de las víctimas que han caído en su presencia.*

—Los dioses van a empalidecer ante tanta sangre —*le dice Petrelío, su consejero.*

—Petrelío, ¿me odias? —*le pregunta el emperador.*

—No, para nada, aunque te parezca extraño. Pero no puedo dejar de ver tu crueldad, tu perversión, tu confusión.

—¿Te aterroriza la vista de la sangre? ¿Nunca mataste cuando estabas en las legiones?

—Los que murieron por mi causa murieron en batalla.

—Demasiada modestia, Petrelío. Te envidio porque nunca sabré qué es la modestia.

—No es verdad que me envidias. Son los dioses, el poder divino, lo que quieres. Pero acuérdate, César: ¡el poder divino está en la creación, no en la destrucción!

—No hay diferencia entre creación y destrucción. Y en cuanto a envidiar a los dioses, si es que crees en ello, te digo que para un hombre que ama el poder la rivalidad con los dioses tiene un sabor de provocación. Sin embargo, yo les comprobé que un hombre puede hacer las mismas cosas si no tiene miedo de existir.

—Eso es una blasfemia.

—No. Es una revelación. La única manera para ser igual a los dioses es rivalizando con su crueldad. Sólo entonces lo imposible se convierte en posible.

*Unos mil novecientos años después de Calígula, cuando casi veinte siglos de vertiginoso progreso parecían haber desterrado a los dioses de los faldistorios donde se empolla el poder, el general Maximiliano Hernández Martínez le respondía al arzobispo de su país, que lo visitó para suplicarle que detuviera la matanza de la peonada rebelde, que él era dios en El Salvador. Por esa misma época, en 1938 y no lejos de allí, en República Dominicana, el general Rafael Leonidas Trujillo laureó y publicó con deliberada profusión una biografía que lo mostraba como un dios que tenía el poder de aplacar los huracanes. Según el libro, el ciclón que arrasó a Santo Domingo en 1930 «no tuvo otro origen que la rivalidad de los dioses. Neptuno temía que los caballos de crin dorada de su carroza raptasen a Afrodita, para ofrecerla al nuevo Dios latinoamericano (Trujillo), al cual bajo la cúpula de Quisqueya (nombre legendario de Santo Domingo) la gloria se le rendía en éxtasis de adoración». El texto prosigue relatando cómo Neptuno «llenó sus pulmones y sopló la marejada con su postura arrogante y provocadora» hasta que «viendo que su rival le desafiaba en medio de la infernal destrucción, sintió temor» y se retiró. Lejos del Caribe, en los helados desiertos bolivianos, el general Mariano Melgarejo había visto como una revelación providencial el hecho de venir al mundo en un domingo de Pascua. «Si*

Dios me ha escogido —decía— para nacer en el momento en que Él resucitaba, es porque desea que yo comparta con Él el delirio de los mortales y sustraerme a la vez de los estúpidos rigores del calendario».

Todavía hoy más de un jefe de Estado se presenta en público bajo la sombra tutelar de las alas de dios. Por ser «el enviado de Mahoma», uno desafía en vano a un imperio que abate sus bravuconadas a punta de misilazos y de rayos láser. Otro cree descubrir en el cristianismo al abracadabra para revivificar su mesianismo gastado. Un tercero anatematiza desde las matemáticas modernas hasta los bluejeans en nombre del mediatundo profeta que murió hace mil trescientos cincuenta y cuatro años. Y es que ninguno de los gobernantes que ha querido imponer su personalísima voluntad prefectoral a sus ciudadanos ha podido declarar impunemente, como Luis XIV, «El Estado soy yo», sin verse obligado, también como el protocolario soberano, a compararse con Júpiter y vanagloriarse de que su frente está adornada por un rayo. Los treinta arcontes que tiranizaron a Atenas no dejaron de proclamar en sus bandos algún grado de consanguinidad con el Olimpo. Tampoco cada uno de los treinta emperadores que acogotaron a Roma durante medio siglo prolongando la pavorosa dictadura de Heliogábalo. Nadie, sin embargo, pudo acusarlos de intentar engañar de manera deliberada a la plebe. En aquellos tiempos la supersticiosa mayoría vivía con la certeza de que los dioses descendían del cielo a pasar temporadas al lado de los hombres y rivalizar con ellos en hazañas.

Bastaron unos cuantos siglos para que las candorosas criaturas de la Creación creyeran en lo contrario. En la Europa inquisitorial, uno de cada tres habitantes sucumbió en la hoguera, víctima de la peste negra o de los juicios de Dios que determinaron que el demonio habitaba dentro de su cuerpo. En ningún otro período de la historia se parecieron tanto los monarcas europeos a nuestros sátrapas como en ese. Por entonces, Pedro I de Portugal se gana la reputación de cruel cuando tortura a dos de los asesinos de su amante y estando todavía vivos les arranca el corazón y lo devora. Luego hace desenterrar el cadáver de su amada, lo viste y lo sienta en el trono y obliga a la nobleza a que le rinda el ceremonial del besamano a los restos gusarapientos. Pedro I de Castilla manda freír vivos en aceite crujiente a los vencidos en la campaña de Toledo. Manuel el Afortunado de Portugal padece de una melomanía tan extrema que ordena tocar música a toda hora, y recorre las calles precedido por cuatro elefantes y acompañado de flautistas y timbaleros y la trailla de sus cinco mil cortesanos. Carlos V de Alemania exige que sus funerales se celebren en su presencia y gasta días y noches enteros en la febril obsesión de desarmar y volver a armar los relojes de sus colecciones. Sebastián de Portugal tenía tan llena la cabeza de libros de caballería que no cesaba de trazar planes para reconquistar a Constantinopla y el Santo Sepulcro. Alfonso VI de Portugal, un displástico obeso y sudoroso, sufre la manía de no permitir que ningún hombre fuera de él roce tan siquiera a su esposa. El día de la ceremonia matrimonial ordena que el lugar de su mujer sea ocupado por un tío de ella para evitar que sea tocada por otro. Entonces el

ritual se lleva a cabo entre dos barones, que reciben la bendición nupcial y se ven obligados a cambiar de anillos de manera simbólica. En pleno siglo XIX, en Austria, gobierna durante catorce años Francisco II. Su mayor diversión consistía en atrapar moscas o llevar con el mayor escrúpulo un registro —que todavía hoy se guarda— de los coches que pasaban por debajo de su ventana en Schonbrunn.

Pero ni la invocación de una profunda amistad con dios ni las pruebas de gozar de un sano juicio salvaron a los patrones de aquellos reinos solariegos y campechanos de su perecimiento. Desde los albores del siglo XVIII, al Viejo Mundo comenzó a sobrarle lo que a América Latina aún ahora no deja de faltarle. Banqueros y mercaderes se constituyeron allá en los nuevos predestinados y se llenaron de razones para asaltar los ámbitos del poder y poner coto a las delirantes sicopatocracias. Y si los déspotas reales alegaban colindar con el Paraíso para justificar sus desbarradas, los conciliábulos de los burgueses supieron descifrar hasta en las tablas entregadas en el monte de Sinaí los argumentos necesarios para atentar contra los soberanos. Escolásticos y doctores de la iglesia como Juan de Salisbury y Tomás de Aquino desenterraron la olvidada norma de Cicerón de que la más bella de las empresas es la de matar al tirano. No iba a ser necesario, ni posible, sin embargo, acuchillar como a César a los nobles para hacerle dar el bote a la sociedad entera. Bastó el albedrío corajudo e indivisible de los parisinos en 1789 para hacer rodar, no sólo las cabezas de la aristocracia y las murallas y los estandartes de la Bastilla —estos fueron apenas los imborrables episodios de unas cuantas jornadas—, sino para pulverizar al feudalismo, al poder de dios. Luego se contaron apenas setenta y dos años para que, en los bulevares de la misma ciudad, se alzaran las barricadas de la Comuna de los proletarios que vislumbró la agonía de la era que recién se instalaba. En el invierno ruso de 1917 una multitud irrumpiría en los aterciopelados salones del palacio del zar para compeler los primeros decretos de un Estado obrero. Se dibujaba así la letra capital de un capítulo postrero de la historia en el que los hombres se empeñan en sepultar para siempre cualquier forma de esclavitud.

Son esos últimos ciento noventa y siete años los que parecerían haber sido omitidos de los calendarios de los que aguantan aquí, más acá del río Grande. Así, y aunque no lo vindique la involución que embolata hoy a media humanidad, los latinoamericanos se muestran paradójicamente como unos de los más necesitados de que se cumplan los diez y siete artículos (ampliados luego a treinta) convenidos por y para los acaudalados. Los generalatos y los comandazgos que lo mismo descuajaringan a sus opositores entre las caballerizas de los potros de montura como en las clínicas para domar imposturas políticas, le han hecho pensar a algunos que es posible sacar del amarillento vademécum de los Derechos Humanos las fórmulas que sanen los males apenas hoy aparecidos. Los unos en nombre del Padre y los otros en el del Hijo, pero cada cual agenciando a uno de los dos grandes propietarios del mundo, han acabado por taponarle a la razón cualquier resquicio

por donde se pueda colar. Nada resultaría más urgente que acabar de una vez por todas con el espantoso reinado del terror. A miles de miles se les ha desaparecido sin dejar rastro alguno, unos han sido suicidados en sus celdas (aplicando una forma criminal que poco se conocía y que ha finalizado por torcerle su significación original al antiguo verbo latino), y otros tragan la amarga saliva de la tortura, del chantaje armado y de la vindicta pública dirigida desde el gobierno. Empero, donde quiera que estos horrores han sido corregidos ha aflorado la presencia de los abusos seculares. En algunos países, al despotismo de los conglomerados lo ha sustituido el de la bota militar, o viceversa. En media docena de naciones el quiste de ominosas dictaduras o de omnímodos gobiernos de un solo partido se prolonga en el tiempo. Por ello no se ven muy lejanos los días en que las multitudes se aglomeraban frente al coche de los dictadores como ante el paso de «alguna deidad maya-quiche que regresaba a su pueblo vía Detroit». Padecemos de mala memoria y de la fatal herencia de un azar que aún nos signa. Somos los tristes y turbulentos descendientes de unos buscadores de oro y de fuentes prodigiosas más dados a tejer quimeras que a escudriñar la sustancia de las cosas, de unos indígenas que tuvieron la mala suerte de tropezarse con un estadio más avanzado de la historia y de confundir a los elementales y voraces lectores de libros de caballería que se atrevieron a cruzar el mar de los Sargazos con los dioses que aguardaban desde hacía muchas lunas, y somos también los vástagos de unos negros que arrancados de sus tinieblas vinieron a terminar de rumiar aquí su bárbara infancia. Encarnamos también el legado de la languideciente armazón social que sobrevivía en España en el instante del Descubrimiento, y que se transplantó intacta, con todos sus vestigios feudales, a este mundo de ritmos incontrolados donde se decía que sus habitantes dormían bajo el agua o podían alimentarse sólo de olores, y en el que «los esclavos cuando riegan los pisos de las casas, forman sapos de agua que caen de sus manos». En fin, estamos amasados con el barro de la credulidad. Nuestros apuros terrenales se confunden con facilidad y guardan armonías con las esperanzas depositadas en un mesías, en un testamentario del poder de dios. Aún nos mostramos dispuestos a admitir la idea más extravagante de la historia, la de que un solo individuo maneje según su bendita gana los hilos de los que dependen la felicidad o la desdicha de millones de seres. Incluso cuando nos erigimos para novelar el infierno de los patriarcados, caemos en la trampa de confundir nuestras abrumadoras soledades con la merecida insularidad de naufragos que envuelve a los luciferinos genocidas.

Sin embargo tenemos que fiarnos a nosotros mismos y llamarnos a enderezar los entuertos que nos ha legado la esquiva Fortuna. Igual que los atizadores de las conmociones sociales de los ciento noventa y siete años que se nos han refundido, debemos exorcizar al demonio de la autarquía. Una buena cartilla para comenzar a instruirnos es este libro de Alfredo Iriarte. Él lo ha sabido escribir con las armas de su desabrochada ironía y su sarcástico humor negro. Como un pesquisador insobornable, Iriarte ha visitado cada una de las repúblicas bananeras en las que los



gorilas hendieron sus pezuñas. Hombre de tertulias, alcanzó a recolectar innumerables testimonios. Algunos valiéndose de estratagemas dignas del más hábil reportero. En Santo Domingo, por ejemplo, logró un imposible. Una entrevista con Virgilio Álvarez Pina, un anciano virginal de 84 años que había sido la mano derecha de Trujillo. Para acceder a la cita, Álvarez había puesto la condición de que de la charla no se realizara una grabación ni se tomaran notas. Iriarte aceptó, pero lo primero que hizo después de saludar al viejo funcionario de la dictadura fue excusarse de una incorregible dolencia que lo obliga a abandonar la silla cada quince minutos para ir hasta el retrete. Álvarez lo disculpó. Y así Iriarte consiguió anotar en su libreta, sentado con toda comodidad en un excusado, lo que Álvarez le contaba de cuarto en cuarto de hora. Horas más tarde, Iriarte contemplaba en las afueras de Santo Domingo, en una mansión que le habían regalado a Trujillo sus compadres, una sólida letrina fundida en oro de veinticuatro kilates y para el uso personal del aplacador de huracanes. Esta insensatez se halla perfectamente descrita en el libro. Iriarte es uno de los contados colombianos que trabaja apertrechado entre gordos diccionarios y que se afana por insuflarle a nuestra lengua acartonada la vívida impureza de la época de Cervantes. Gracias a sus capítulos sobre el Bestiario tropical podemos volver esas páginas de nuestras vergüenzas y descubrirnos una sonrisa, por esta vez aunque sea no de escepticismo, al recordar la cortante frase en la que Lenin decía que en el futuro, el oro, cuando más, servirá para construir los mingitorios públicos.

Leonel Giraldo

Bogotá, 12 de octubre de 1986.

*Duelos, espantos, guerras, fiebre constante  
en nuestra senda ha puesto la suerte triste:  
¡Cristóforo Colombo, pobre almirante,  
ruega a Dios por el mundo que descubriste!*

RUBEN DARÍO - A COLÓN

## CAPÍTULO I

*La inquisición al poder: Gabriel García Moreno*

*Hombre que no ríe es capaz de matar a su madre.*

San Isidoro de Sevilla  
*Liber de viris illustribus.*

**S**e sabe que el dictador ecuatoriano Gabriel García Moreno jamás incurrió en el desliz de una sonrisa. Mucho menos en el escandaloso impudor de una carcajada. Como Adolfo Hitler. Como el bondadoso Heinrich Himmler. Como el Ayatollah Khomeini. Como el general Augusto Pinochet. De Asurnasirpal, el Asirio, se tiene noticia de que sólo reía cuando, después de rendir una ciudad enemiga, crucificaba, asaba a la parrilla, escaldaba en calderos de agua hirviendo o empalaba sobre agudísimos supositorios a los vencidos. Las únicas risas de Calígula estallaron cuando sus pretorianos degollaban esclavos mientras él cenaba. Y las dos únicas de Nerón ocurrieron cuando mató a coces a su esposa Popea y cuando los obedientes sicarios le informaron que ya habían cumplido sus órdenes de vaciarle el vientre a su madrecita Agripina.

**G**abriel García Moreno nació en Guayaquil en 1821, del matrimonio del chapetón indiano Gabriel García Gómez y la linda criolla Merceditas Moreno. Al día siguiente de la batalla de Pichincha, el ibérico se puso furibundo y le propinó a Merceditas una tollina feroz a nombre de S. M. Fernando VII. A esta sazón, Gabrielito tenía un año de edad. Sus primeros recuerdos de niñez fueron las bofetadas y pontocones que recibió Merceditas del desalmado chapetón cuando les llegó la noticia de Junín y los zurriagazos que le cayeron encima cuando llegó la de Ayacucho. Culminó entonces la independencia, cesaron las palizas y Merceditas se salvó de convertirse en una mártir más de la causa americana.

**P**or supuesto, el nené Gabriel no tuvo infancia. Mientras los otros párvulos jugaban, él repartía su tiempo entre rezar a hurtadillas y estrangular pajaritos con la mayor lentitud posible a fin de disfrutar de los estertores de la agonía. A veces, para variar, metía algún gato vagabundo en un zurrón y lo estrellaba contra las paredes hasta que verificaba que la séptima vida del felino se había extinguido en el fragor de la golpiza.

**C**uando Gabrielito apenas llegaba a los quince años, el patrimonio familiar entró en barrena. Pero por suerte no fue difícil conseguirle una beca en cierto afamado colegio religioso de Quito. El jovenzuelo era un estudiante intachable. Siempre el primero del grupo. Lo que en otros tiempos bogotanos llamábamos *el chupa* de la clase. Fue así como el siniestro adolescente remontó la cordillera para llegar por primera vez en su vida a los luminosos y azules contornos del Pichincha. La beca le daba estudios gratis pero no medios de vida. Sin embargo, el ceñudo mozalbete llevaba buenas recomendaciones y en seguida fue nombrado bedel, cargo que ejerció con un celo encarnizado. En pocos días, su vocación de delator se hizo

temible. Tenía los mil ojos insomnes de Argos y ninguna trastada de los estudiantes escapó nunca a su fiera vigilancia. Gracias a sus oportunas informaciones, muchos compañeros fueron zurrados públicamente por el prefecto de disciplina para escarmiento de la comunidad. Cierta día, un estudiante le enrostró las vilezas que a diario cometía en el ejercicio de su ruin ministerio. Gabriel no respondió palabra. Asíó al insolente por los cabellos, lo arrastró por la crujía hasta la zona de los excusados, y allí le hundió la cabeza hasta casi asfixiarlo en un retrete cuyo cupo normal ya había sido rebasado por los estudiantes.

**P**or supuesto, el mozo sin mocedad, el joven de alma seca, pureza litúrgica y mirada de ofidio, gozaba de prestigio —un negro prestigio— en su claustro, pero le estaba vedado el acceso a la esquiva y arrogante aristocracia quiteña. Muy pronto llegó a Caballero de la Inmaculada, Terciario de algunas órdenes, Cruzado de la Juventud Antoniana, Custodio de San Crispulo Pascual y Siervo de la Adoración Perpetua. Por entonces, Gabrielito rozaba la aristocracia pero no la penetraba. Era, como dice Benjamín Carrión *un tolerado pero no un admitido*. Y, como si esto fuera poco, sus ímpetus de arribista se topaban con el obstáculo ingente de su nula simpatía, de su talante aspérrimo, de la sensación inequívoca de estar chupando cien limones, que suscitaba su presencia.

**E**n estas circunstancias, el joven García Moreno discurrió un arbitrio estupendo para llegar a las encumbradas alturas del poder, a pesar de la vanidosa cúpula social quiteña: hacerse clérigo. No tardó, pues, en recibir las órdenes menores con rango de Lector, Exorcista y Acólito Arzobispal. Simultáneamente, un veterano rapista le trazó en el occipital con su navaja la circunferencia de una tonsura impecable. Gabrielito llegaba apenas a los 17 años de edad.

**P**ero aún así, el ascenso seguía encontrando dificultades. El muchacho era de un carácter insufrible. Su voz, estridente y cacofónica, prefiguraba las sirenas de nuestros modernos buses intermunicipales. Era cenceño, casi hasta extremos de hetiquez. Se decía que desde temprana edad había adquirido la tisis. Y no hay que olvidarlo: no todos los flacos son malvados pero todos los malvados son flacos. Y lo único que tenía de gordo el pobre Gabriel era la forma en que les caía a los demás. Midió fuerzas. Calculó el tiempo que tardaría dentro del estado eclesiástico para alcanzar la lejana cumbre de la mitra, el báculo y los pomposos ornamentos episcopales, y tomó una decisión radical: dejarse crecer el cabello en la zona tonsurada y tomar la ruta laica para seguir trepando. Y en poco tiempo la encontró. Ya era abogado y tenía buenos contactos con los políticos. Además, veía las cosas

con realismo. Era claro que cualquiera de las bellas de la nobleza quiteña se habría mofado de los requiebros de aquel lóbrego vejete prematuro. Pero, por suerte para él, no todas las aristócratas eran hermosas. También las había feas, e inclusive auténticos espantajos. Fue así como el ojo aguilino de Gabriel localizó la candidata ideal. La elegida fue doña Rosa Ascasubi y Matheu, veintitantos años mayor que él, fea con avaricia, y de contera aquejada por innumerables dolamas entre las cuales sobresalían unas bubas purulentas que la cubrían de pies a cabeza y que se manifestaban de manera especialmente repulsiva en la cara. Algunos decían que Rosita padecía el bíblico mal de Lázaro, otros se inclinaban por la peste gálica y los más benignos hablaban de un eczema incurable y maligno. Además, por ser desde niña una almorranienta pertinaz, siempre se sentaba apoyándose en una sola de sus magras posaderas. En todo caso, el impertérito Gabriel no vaciló. Por cada pústula, Rosita ofrecía una hacienda tupida de cacao y semovientes. Bien valía la pena el sacrificio. En consecuencia, el valeroso aprendiz de dictador, en ceremonia oficiada por un eminente prelado quiteño, *dañó la dormida para arreglar la comida*, como dicen bellamente nuestros antioqueños. Él tenía 24 años y ella se acercaba con ímpetu a los 50. El día de la boda, la novia hubo de recurrir a gruesos pegotes y emplastos de ungüentos blancos para disimular llagas y apostemas.

**G**arcía Moreno, una vez asegurado el entronque con la alta sociedad quiteña, trató de permanecer lejos de su nauseabunda señora el mayor tiempo que pudo. Unas veces debido a sus giras políticas y otras por estar confinado o desterrado en pena de sus prevaricatos y fechorías. Sin embargo, tuvo tiempo y redaños para empreñarla. En seguida, no tardó en aflorar su bárbaro machismo en la forma de un terror ciertamente morboso a que su primer vástago fuera una hembra, hasta el extremo de escribir varias veces a la desventurada Rosita que *si nacía una niña era preferible que el Señor se la llevara*. A algunos amigos les confesó que a menudo despertaba en la alta noche bañado en sudor frío y tiritando de pavor, a causa de una pesadilla reiterativa en la que veía a Rosita dando a luz un pequeño endriago femenino con la misma cara de su madre y con una espantable barba de cerdas que le brotaba en medio de los abscesos. A todas estas, don Gabriel no podía salir a las calles de la ciudad donde estuviera sin toparse con los pasquines infamantes:

*No te cases con vieja  
por la moneda.  
La moneda se acaba;  
la vieja queda.*

**Y** Rosita dio a luz. Y para exasperación de Gabriel, fue una bebita. Entelerida, raquítica y macilenta, pero, sin duda alguna, hembra. El padre esperó furioso pero confiado. Se puso al acecho de la oportunidad propicia que aguardaba para solucionar su problema. Durante unas pocas semanas soportó con paciencia intachable la presencia de la longaniza viviente que había engendrado. Los pechos desjugados de Rosita sólo daban un líquido chirle, blancuzco y escaso, pariente muy lejano de la leche. La pequeña iguana languidecía por momentos, hasta que los marchitos zurroneos de Rosita rindieron su última gota. Entonces acudió el padre providente y amoroso con la salvación: leche fresca de burra. Antes de administrarle el primer biberón, Gabriel tuvo la precaución de llamar a un presbítero amigo para que la bautizara. Después de recibir el agua lustral en su mollera deformada, la niña-súcubo engulló el tetero con avidez. Después de un fragoroso eructo, murió. Los panegiristas de García Moreno dicen que la niña falleció abatida por las taras heredadas de la madre. Otros, más objetivos y mejor informados, afirman que el bondadoso padre, fiel a su creencia, expresada en una carta a Rosita de que *las mujeres están mejor en el cielo porque en esta vida sufren mucho*, mezcló la leche asnal con un veneno implacable y despachó así a la criatura recién bautizada a la diestra de su Creador. Acto seguido, Gabriel hizo acopio de valor y fecundó por segunda vez al mamarracho cubriéndole la cabeza con una capucha larga, aferrado a la esperanza de procrear un varón, el cual se logró a los siete meses, pero algo más sano que su hermanita.

**L**os dos viajes que hizo a Europa el taciturno Gabriel fueron mucho mejor aprovechados por los baúles que por él. Entre los pocos testimonios que se conocen de tales viajes, hay una carta en que dice que en París casi no salió a la calle por quedarse encerrado en el hotel leyendo una monumental historia de la Iglesia y que en Hamburgo pasó por el dolor de no confesarse porque el sacerdote con quien intentó hacerlo no entendía español.

**G**abriel García Moreno llegó al poder en 1859, a la temprana edad de 38 años. No bien posesionado, dio para la historia la prueba más contundente de su fervoroso patriotismo: se entregó a la tarea de escribir al encargado de negocios de Francia una serie de cartas mendicantes, genuinas obras maestras de la abyección, en las que le imploraba que intercediera ante S. M. Napoleón III (El Pequeño), para que se dignara, en su infinita magnanimidad, aceptar al Ecuador como colonia o protectorado de esa gran nación, eso sí, dejándolo a él con el cargo de visorrey o procónsul. Pero lo malo para don Gabriel fue que, por esa época, Napoleón, el enano, estaba engolosinado con su desdichada aventura mexicana y miraba al extenso país azteca como una diadema mucho más apetitosa para su corona que el estrecho

Ecuador. En consecuencia, ni siquiera consideró las propuestas vergonzantes de García Moreno. Monsieur Trinité dejó la legación y lo reemplazó un señor Fabr , al cual el dictador siguió importunando con sus deprecaciones ominosas, de las cuales el plenipotenciario daba traslado a París, hasta que el Emperador, ya fatigado, le pidió a su representante que no le siguiera quitando tiempo con las súplicas de ese mentecato. Pocos años más tarde, en su espléndido castillo de Chapultepec, o bien horas antes de su ejecución en el Cerro de la Campana de Querétaro, el pobre Maximiliano de Austria no pudo imaginar que parte de su disparatado destino había sido el de salvar, de la manera más involuntaria, la independencia del Ecuador.

**L**os pajaritos que el nen  Gabriel estrangulaba en cámara lenta en el patio de su casa guayaquileña, fueron sustituidos, al llegar el adulto Gabriel al poder, por sus enemigos políticos. Para él, lo más importante no era liquidarlos. Lo esencial era hacerlo de la manera más cruel que le fuera posible. Primero que todo, y aplicando sus notables conocimientos de física y mecánica, dise n  una barra de la cual pendían resortes, a cuyos extremos inferiores eran ligados los reos de las extremidades superiores o inferiores, según la categoría del delito, y dejados en esa posición, hasta que naturalmente espiraban. El general Fernando Ayarza, meritorio y ya provento veterano de la independencia, inició un conato de sublevación contra el déspota. Fue vapuleado hasta la muerte, y el mismo don Gabriel exigió el privilegio de aplicarle los últimos latigazos cuando ya no era más que un pingajo sanguinolento y acezante. Igualmente, a numerosos ciudadanos ilustres civiles, eclesiásticos disidentes del nuevo papado laico y militares dignos y altivos, los hizo fusilar o morir lentamente en la barra de su invención. Hasta tal punto llegó el paroxismo de terror colectivo que suscitó su permanente actitud «fusil nime», que un día llegó de la manera más cordial y amistosa a visitar a una distinguida familia quiteña. Estando en la sala, apareció una niñita de siete años bañada en lágrimas que le gritaba: * Por favor, señor presidente, no vaya a fusilar a mi papito!* García Moreno, sonriendo por primera y única vez en su vida con una sonrisa infrahumana de chacal, acarició a la niña en la cabeza y la tranquilizó diciéndole que el motivo de su visita no era exactamente fusilar a su papá.

**E**ntre las aberraciones más truculentas de García Moreno se destacaba una. Siempre que mor a una de sus víctimas ante el pelotón o en la barra de los resortes, sus sicarios tenían orden de llamarlo a la hora que fuera. El gran placer del Presidente era acudir al lugar del suplicio con una bayoneta en la mano y punzar al occiso hasta asegurarse de que estaba bien muerto. Entre esas víctimas se contó una vez un niño de once años, hijo de un alto oficial que había conspirado contra el sátrapa. El infante fue obligado a presenciar la ejecución de su padre. A continuación



se le fusiló y luego recibió los pinchazos rituales de don Gabriel.

**F**inalmente, llegó el tiempo en que los abscesos de doña Rosita se multiplicaron, sobrevinieron otros males, y la enferma se hizo intolerable en la mansión presidencial por la diversidad e intensidad de los hedores que despedía y por sus incesantes aullidos de dolor. El médico le prescribió láudano en dosis moderadas para aliviarla. Una noche, Su Excelencia, concibió la idea redentora. Tapándose las narices, entró en la recámara de su pestilente esposa y le hizo beber el frasco entero. La Primera Dama partió al punto a hacerle compañía a su hija mayor en el cielo. A la mañana siguiente regresó el médico y sentenció: *Con el contenido de esa botella se habrían podido matar sin dificultad cinco yeguas.*

**U**na mañana, el viudo inconsolable fue a depositar un ramo de flores de muerto, símbolo de su honda tribulación, en la sepultura de doña Rosita. Y estuvo a punto de caer fulminado por un berrinche de ira cuando, al colocar la ofrenda leyó, en letras gruesas y toscas de barniz negro, estas palabras ignominiosas escritas en la marmórea lápida: *Hedía peor en vida.*

**D**on Gabriel García Moreno era un sátiro insaciable, pese a su acendrada piedad cristiana. Una avezada buscona quiteña, conocida en la ciudad como la Cajonera Dorotea, le procuraba «cholitas» vírgenes, indigentes pero hermosas y de corta edad, que entraban al Palacio al socaire de la noche y salían al alba, menguadas de la doncellez pero hinchidas de la faltriquera. Este tráfico afrentoso, sin embargo, no satisfacía al dictador, que tenía metas más elevadas. Y fue así como una noche llegó el Señor Presidente a la tertulia que semanalmente celebraba con música, viandas y refrescos, la divina Virginia Klinger, señora del connotado aristócrata quiteño Carlos Aguirre y Montúfar. Virginia no tenía flanco vulnerable. Era bella, inteligente, fina, culta y con un atributo complementario que a todos fascinaba: se aburría a morir con su marido. Aguirre era, a su vez, un cornudo paciente y discreto que portaba sus astas con una elegancia sin par y se mostraba siempre amable y hospitalario con los amantes de su esposa. García Moreno se enamoró perdidamente de Virginia y empezó a asediarla con toda la vulgaridad y la torpeza que lo caracterizaban. Por supuesto la bella, pese a la egregia investidura de su pretendiente, lo desdeñó como a cualquier patán. Frenético de celos, el Primer Magistrado de la Nación la sorprendió una noche a solas y le hincó su daga en una de las turgencias pectorales que tanto había apetecido en vano. En el acto se percató de la barbaridad que había cometido y llamó a un médico de su confianza, el cual, por suerte, salvó la vida a la linda coqueta. El galeno atribuyó la salvación de Virginia, no sólo a su

pericia, sino al hecho afortunado de que en el momento de herir a su amada, el dictador temblaba como un poseo, gracias a lo cual la daga no penetró muy profundamente, aunque sí dejó una malaventurada chaguala que estropeó para siempre el soberbio panorama que ofrecía la pechuga de la bella quiteña. Pero ahora veamos quién fue el causante de los celos mortales de don Gabriel y qué consecuencias tuvo este melodrama.

**E**ra el año de 1862. En Colombia había triunfado el Gran General Tomás Cipriano de Mosquera en su guerra contra el gobierno del doctor Mariano Ospina Rodríguez. Mosquera había acreditado un representante ante el gobierno ecuatoriano, y otro tanto había hecho el poeta-soldado Julio Arboleda, quien por esa época aún oponía una resistencia tenaz a Mosquera. El delegado de Arboleda era un joven payanés llamado Arcesio Escobar, gallardo, talentoso y simpático, quien ingresó a los salones de Virginia y la flechó en el acto con grave desmedro del Primer Mandatario. Mientras Escobar dedicaba a Virginia unas impecables versiones de Lord Byron que acababa de concluir, el dictador le enviaba estampitas pías con jaculatorias en verso que él mismo componía y que provocaban risas y los comentarios más ácidos por parte de los amantes. Don Gabriel no pudo más con el ridículo y mandó arrestar a su rival con quién sabe qué proditorias intenciones. Pero Virginia se enteró a tiempo y sacó a Arcesio disfrazado de mujer a una legación vecina. Vino luego la puñalada. Pero lo que Virginia no imaginaba en esos trágicos momentos era que su amor apasionado por el garrido popayanejo iba a provocar una guerra internacional. Perdido de celos, don Gabriel denunció una infame agresión colombiana en la frontera y movilizó sus tropas hacia el Norte para vengar el honor nacional ultrajado. Cuando ya iba por Tulcán, Arboleda le salió al encuentro y lo trituró sin mayor esfuerzo. Luego le aceptó una capitulación honrosa a trueque de la promesa caballeresca de situarle una buena cantidad de armas y pertrechos para seguir la guerra contra Mosquera. García Moreno juró sobre los evangelios, pero cuando estuvo a salvo le puso conejo. Poco después Arboleda cayó asesinado en Berruecos y así se consumó la trampa. Pero don Gabriel seguía alimentando el resentimiento más feroz. Los colombianos le birlaban la hembra y luego lo derrotaban en su propia tierra. Y su única venganza era un conejo. Eso no podía ser. En consecuencia, esta vez urdió el desquite con mayor paciencia y minuciosidad. Al año siguiente —1863— ya Mosquera estaba consolidado en el poder. Además, era un diabólico masón que había sacado a subasta las propiedades de Dios. Pero García Moreno, por directa inspiración de la Divina Providencia, había organizado un ejército invencible que cumpliría la doble misión de castigar la impiedad de Mosquera y tomar desquite de la frustración amorosa de su jefe. Fue así como, nuevamente, las huestes de don Gabriel tomaron el rumbo de la frontera colombiana. Muy pronto, Pasto sería la capital de una nueva provincia ecuatoriana gracias al genio militar de García Moreno. Pero el

destino adverso de don Gabriel quiso que los pastusos siguieran siendo colombianos. El general Mosquera sólo había sufrido una derrota en su ya larga carrera castrense y no estaba dispuesto a que un abogadillo gazmoño le propinara la segunda. Sabedor Mosquera de la marcha de García Moreno hacia el Norte, avanzó como un rayo hacia el Sur, encontró a su enemigo en Cuaspud, y allí lo derrotó de la manera más humillante. La segunda baladronada bélica de don Gabriel terminaba así cubierta de oprobio. No obstante, el general Mosquera, en un acto de magnanimidad, ofreció la que sería la segunda capitulación honrosa que aceptaba García Moreno en esa lucha empecinada que, más que contra Colombia, era contra el espectro de Arcesio Escobar. García Moreno aceptó los generosos términos de rendición que le ofreció Mosquera en una carta babosa y servil como pocas podrían conocerse en la historia universal de la infamia. Y pasaron los años. En 1867, Mosquera fue derrocado por los «legalistas» radicales. Salió para el exilio en el Perú. En 1870 regresó a Colombia y, en su viaje hacia Buenaventura, pidió un asilo temporal en Guayaquil. García Moreno le envió una misiva en la que le notificaba que si se atrevía a desembarcar en territorio ecuatoriano, lo sometería a un consejo de guerra sumario, lo cual era un burdo eufemismo para anunciarle que tendría el placer de fusilarlo. No se sabe qué han dicho los apologistas de García Moreno acerca de este episodio que, sin duda alguna, habría suscitado la más enérgica condena por parte de Judas de Kerioth.

**E**n 1865, abrumado por la vergüenza de sus dos malogradas aventuras bélicas, don Gabriel se tomó un descanso, y regresó al poder en 1869. Fue entonces cuando promulgó la nueva constitución en virtud de la cual quien no fuera católico perdía la nacionalidad ecuatoriana, y todo aquel a quien se le comprobara estar en pecado mortal y destituido de la gracia santificante, podía ser juzgado y penado como traidor a la Patria.

**L**a tiranía teocrática de don Gabriel se fue haciendo cada día más intolerable. Toda la vesania y el rencor que reprimía desde su fracaso amoroso con Virginia Klinger y las dos malogradas empresas guerreras contra Colombia, tomaron la forma de un espantable terrorismo religioso-estatal, cuya memoria ha perdurado hasta el punto de que aún hoy subsiste un grupúsculo de energúmenos que asedia sin cesar al Vaticano con unas súplicas reiteradas y aburridísimas por la canonización de quien sería el primer San Gabriel áptero de la hagiografía cristiana. Pero la Santa Sede — lógicamente— ha permanecido sorda por más de cien años y seguramente así se mantendrá para siempre, entre otras razones porque, mientras los pecados del frustrado santo son bien conocidos, sus milagros no se ven por parte alguna.

**F**inalmente, la exasperación colectiva llegó al colmo, y en 1875 un grupo de jóvenes demócratas acordó dar muerte a García Moreno. A los conjurados se unió un colombiano muy extraño llamado Faustino Rayo que había sido un fámulo servil del déspota, bajo cuya tutela medraba usufructuando pequeñas mamandurrias y prebendas. Rayo pasaba una existencia marginada y gris en cierto arrabal de Quito, agradecido con el tirano, gracias al cual había alcanzado la estabilidad, después de haber vivido al estricote en diversas comarcas de Colombia y Ecuador. Pero el afecto de Faustino hacia su protector se trocó en abominación desde el momento en que el todopoderoso le usurpó su mujer, una cholita atractiva y casquivana. Habiendo fallado en su empeño tenaz de arrebatar a Virginia Klinger de los brazos del colombiano Arcesio Escobar, don Gabriel se resignó, buscando una forma de mezquina venganza, con quitarle su modesta barragana a este inmigrante que estaba tan lejos del linaje y la prestancia del popayanejo como lo estaba la cholita de la linda y sofisticada Virginia. Rayo jamás perdonó al dictador este atropello y se puso con toda la paciencia al acecho de alguna oportunidad propicia para vindicar la ominosa cornamenta que le había caído desde las alturas del Palacio Presidencial. Los conspiradores se habían enterado de la historia de Rayo y decidieron utilizar su encono homicida, poniendo en sus manos un machete bien afilado para que aplicara el primer golpe. La misión, además, estuvo bien encomendada, puesto que Faustino había usado largamente ese instrumento como obrero cortador de caña en los latifundios del gran Cauca. En consecuencia, lo descargaba con tino y precisión admirables. El 6 de agosto de ese año, cuando el lúgubre personaje pasaba a pie, con su andadura de vultúrido, de la Catedral hacia Palacio, Rayo le asestó el primer machetazo en el cráneo y se lo hendió como papaya en sazón. En seguida, los demás lo hicieron trizas.

**C**urioso destino el de este dictador extravagante. Un Don Juan colombiano se le interpuso con arrogancia en el camino hacia el gran amor de su vida. Otros dos, ambos bravos guerreros, le infligieron sendas derrotas en el campo de batalla. Y el cuarto y último, indigente y mediocre, fue el encargado de acabar con su vida. Se cumplieron así sus palabras proféticas: *Mis enemigos van a tener que matarme pronto porque de lo contrario los extermino a todos.*

## CAPÍTULO II

### *Cómo gobernar borracho: Melgarejo y Morales*

*... Melgarejo,  
bestia borracha, espumarajo  
de minerales traicionados,  
barba de infamia, barba horrenda  
sobre los montes rencorosos.*

Pablo Neruda - *Canto General*

Ciertamente, cualquiera pensaría que la beodez permanente no es el estado ideal para administrar con prudencia y discernimiento un país casi tan vasto como Colombia. Yo no sé si lo sea. Pero lo que sí sé con certidumbre es que los ilustres generales Mariano Melgarejo y Agustín Morales gobernaron a Bolivia sin haber conocido un solo instante de sobriedad, el primero de 1864 a 1871, y el segundo, desde éste último año hasta el siguiente de 1872.

Melgarejo era un cholo de humilde cuna. Fue hijo bastardo de una aldeana paupérrima y de un vecino acomodado que la abandonó después de fecundarla. Cuando nació el espurio, el padre se sintió conmovido y regresó al lado de la madre, cuya indignancia la tenía ante la disyuntiva de salir huyendo o sofocarlo con una almohada apestosa, obsequiando así al Cielo un nuevo angelito. Pero cuando llegó al lado de la cuna lo encontró tan espantablemente feo que, lleno de asco por haber engendrado un sapo, escapó a toda prisa y vomitando toda suerte de blasfemias.

Acosada por la penuria, la madre optó por una solución equidistante entre la huida y el infanticidio. Envolvió al niño-monstruo en los andrajos que pudo hallar y llegó a un convento de monjas caritativas. Allí se identificó con su nombre —Ignacia Melgarejo—, dio el del padre desalmado —Cástulo Valencia—, e imploró que le recibieran la criatura. Las monjas la acogieron, pero cuando le quitaron los harapos y vieron la repulsiva sabandija que les habían enjaretado, lo primero que hicieron fue llamar al capellán para que la exorcizara y dictaminara si tenía alma y podía recibir las aguas lustrales del bautismo. El piadoso cura miró al niño, contuvo las bascas, no pudo evitar un visaje de horror, pero se sobrepuso. Verificó el sexo, asperjó al niño con agua bendita por las dudas de que estuviera endemoniado y al fin resolvió bautizarlo con el muy religioso nombre de Mariano y el apellido de la madre. El capellán partió, no sin antes tranquilizar a las monjas advirtiéndoles que la semejanza divina del párvulo estaba en su almita y no en su envoltura carnal, ciertamente un tanto fea.

Sin embargo, las monjitas no se tragaron el cuento del todo. Cuidaron al monstruelo mientras gateó y logró erguirse en dos patas. Pero luego, se dieron por vencidas ante la repugnancia que les inspiraba, agudizada por la incurable coprofagia de que hacía permanente ostentación el bebé. Fue así como terminaron poniéndose de acuerdo para transferirlo a un sórdido orfanato de las inmediaciones. Allí creció el mozo en medio del más siniestro detritus de la sociedad, y allí empezó a aprender y a practicar con asombrosa precocidad todos los vicios más nefandos de que puede ser capaz el ser humano. En ese ambiente nauseabundo aprendió

malamente a leer y a escribir, a la vez que desarrolló una musculatura de acero levantando enormes piedras que arrojaba en todas direcciones provocando el espanto de sus compañeros. Esta recia complexión le fue utilísima en las reyertas que solía armar a patadas y pescozones, sin dejar por ello de alternar a menudo el puñal con el garrote cuando las circunstancias de la riña lo hacían aconsejable. Además, a modo de arma psicológica también le sirvió una barba negra y salvaje que desde muy temprana edad le cubrió casi todo el rostro.

**P**or supuesto, el joven Melgarejo no tuvo tiempo, ni mucho menos vocación, para adquirir una mediana cultura, hasta el punto de que, siendo ya presidente de la República, una vez que disertaba sobre el arte de la guerra declaró ante un nutrido auditorio que Napoleón había sido un estratega mucho más diestro y avezado que Bonaparte, y que el más grave yerro militar del Libertador Simón Bolívar fue no haberse aliado con Atahualpa para derrotar a Hernán Cortés.

**D**esde los años del asilo de expósitos, el futuro dictador dio muestras de las que habrían de ser las dos constantes más notables de su vida: la proclividad irresistible a consumir cantidades navegables de alcohol, y un talante levantisco, violento y furibundo que infinidad de veces lo llevó con facilidad, e inclusive con deleite morboso, hasta el asesinato por propia mano. Siendo aún muy joven, y ya iniciado en la carrera militar, empezó a comprometerse en toda guisa de insurrecciones y conjuras. En una de ellas, emprendida contra el dictador Isidoro Belzú, fue aprehendido y condenado a muerte. Belzú se apiadó y le otorgó el indulto. Nadie pudo saber si, pocos años más tarde, cuando Melgarejo lo asesinó con alevosía, el ex-dictador tuvo tiempo de arrepentirse por no haber aplastado a tiempo la cabeza del viborezno.

**E**l ascenso de Melgarejo hacia las cumbres del poder fue vertiginoso y las causas fueron bien claras. En primer término, estorbarle a don Mariano esa carrera, así fuera con el menor obstáculo, equivalía a despedirse de esta vida terrena con un tiro en la cabeza. Además, en las batallas siempre mostró un arrojo suicida. Desde luego, es bueno advertir que tanta intrepidez nunca fue el producto de una naturaleza realmente heroica, ya que en no pocos momentos álgidos dio pruebas de una cobardía gallinácea. La realidad era que, antes de entrar en la refriega, Melgarejo se bebía una botella de anís campesino con pólvora y distribuía generosamente la saludable mixtura entre sus valientes. Las agrieras que suscitaba esta nobilísima bebida causaron en las huestes del general Melgarejo más bajas que el plomo y las bayonetas del enemigo.

**N**uestro personaje tenía su propia concepción de la democracia y creía con profunda convicción que derribar a sus contendores a balazos era un procedimiento más práctico y expedito que el lento y engorroso del sufragio popular. Por lo tanto, y fiel a su pensamiento político, llegó al mando supremo de la Nación utilizando sus medios predilectos. Una vez instalado allí, improvisó un sesudo discurso inaugural en el que declaró que gobernaría a Bolivia hasta que le diera la gana y que al que no le gustara su designio lo haría matar a palos en la plaza pública. En seguida, se refirió a la Constitución Nacional vigente en los términos más respetuosos y comedidos, anunciando que se proponía realizar con ella la más íntima de todas las operaciones higiénicas que el hombre suele practicar en forma cotidiana, especialmente en las primeras horas del día. Iniciaban así los bolivianos una nueva era de libertades públicas, democracia e imperio del derecho y la justicia.

**E**n Palacio empezaron a celebrarse festines y jolgorios desaforados que presidían el general Melgarejo y su concubina Juana Sánchez. El Primer Mandatario y sus invitados bebían cataratas de brandy, cerveza, y en altas horas el consabido anís con pólvora que Melgarejo y sus conmlitones libaban principalmente para acreditar su virilidad y fortaleza indeclinables. Pero lo más insólito de estas jaranas era la presencia en ellas de Holofernes, el caballo favorito del Presidente, a quien su amo, con infinita paciencia, había enseñado a beber hasta embriagarse de la manera más aparatosa. Mientras los convidados bebían y le entraban a dentelladas al condumio en medio de estrepitosos regüeldos, Holofernes, en un ángulo del salón, agotaba toneles de cerveza en un abrevadero especial que los edecanes de Su Excelencia habían aparejado para el dichoso corcel. De todos los asistentes, los dos que siempre mostraban la mayor resistencia a los embates del licor y que, por ende, se emborrachaban de últimos, eran Melgarejo y Holofernes. Cuando los invitados, embrutecidos, yacían en el piso tumbados por la gula y la embriaguez, la gran diversión del Mandatario Supremo era dar una orden a Holofernes que, ya beodo y henchido por los copiosos diuréticos, avanzaba hacia los caídos en el báquico zafarrancho y los hisopeaba con potentes y cálidas micciones. Luego de generar estos inusitados aguaceros, Holofernes se ovillaba mansamente y dormía la mona junto con sus ensopados compañeros de juerga.

**L**os guayabos del general Melgarejo eran, como puede suponerse, apocalípticos. Muy de madrugada, atronaba los ámbitos palaciegos con sus imprecaciones y blasfemias, que siempre formaban un dúo desconcertado y malsonante con los relinchos dolientes de Holofernes. La servidumbre se ponía en estado de alerta, pues se percataba en el acto de todos los requerimientos que indicaban las notas de esta



fragorosa cacofonía. Amo y caballo habían despertado hostigados por las agruras y demás tormentos derivados de la bebezón, y exigían en sus respectivos idiomas (que por cierto, no diferían mucho) un calmante inmediato. Los lacayos acudían en seguida con barriles de cerveza al clima para el equino, y enfriada en las nieves perpetuas para el sátrapa. En cuanto entrambos guargüeros recibían el chorro bendito, cesaban en el acto juramentos y relinchos, y venía el desayuno, consistente en abundante pienso para Holofernes y quince huevos fritos en grosura de chanco con sus respectivos tazones de chocolate y decenas de hogazas para Melgarejo. A estas horas, ya los huéspedes habían despertado y salido de Palacio recibiendo en sus ojos cárdenos el sol crudelísimo de las alturas y soportando la humedad fétida y pegajosa que había esparcido sobre ellos la torrencial potencia urinaria de Holofernes mientras dormían la marimonda.

Otro aspecto que merece destacarse es que Su Excelencia se ponía especialmente irascible en los guayabos. Innumerables colaboradores fueron muertos a tiros de pistola en el despacho presidencial sólo por haber intentado tímidos reparos a sus designios soberanos. No había acabado la víctima de entregar el alma cuando Melgarejo ordenaba que le quitaran esa basura de la vista al punto. Una mañana, en que las cataratas de cerveza y el desayuno ritual habían sido particularmente ineficaces para mitigar los rigores de la cruda, Melgarejo presidía una parada militar cabalgando sobre Holofernes que, al revés de su amo, sí se encontraba ya plenamente tonificado. En esos momentos, un loquito callejero le mentó la madre y le lanzó un guijarro que sólo pudo acertar en las verijas del caballo presidencial. Diez minutos más tarde, el infeliz orate ya había sido destazado a sablazos por los guardias de Palacio.

Un buen día le llegó al presidente Melgarejo la noticia de que había estallado la guerra franco-prusiana de 1870. Sin vacilar, el general se puso del lado de Francia y declaró la guerra al imperio del Kaiser y de Bismarck. Luego reunió a sus tropas más selectas en la Plaza de Murillo y les anunció, no sin el consabido estimulante del aguardiente con pólvora, que en pocos días partirían con su presidente a la cabeza, para unirse a los ejércitos de Napoleón III y dar una merecida paliza a los agresores teutones. Melgarejo llegó al final de su arenga advirtiendo a sus guerreros que habría que cruzar el Océano a nado. Y a manera de colofón les recomendó con insistencia poner mucho cuidado para evitar que se mojaran armas y municiones. Él, desde luego, cabalgaría sobre el lomo de Holofernes, cuyas condiciones de nadador eran insospechables. Cuando el Generalísimo tornó a su despacho, los consejeros más cercanos deliberaron y concluyeron que a Su Excelencia se le había ido la mano en la pólvora del aguardiente. En consecuencia, y haciendo gala de temeridad, lo visitaron

para observarle y demostrarle con mapas y planisferios que las dimensiones del Atlántico eran ligeramente excesivas para el proyecto de que sus combatientes lo surcasen a nado cargando armas e impedimenta. Por otra parte, le hicieron notar lo que más contribuyó a disuadirlo de su empresa francófila: el riesgo de que el invicto Holofernes pudiera sucumbir vencido por la fatiga a la altura, por ejemplo, de las Islas Azores. Melgarejo se quedó absorto ante los mapas y finalmente condescendió. Ninguno de los prudentes consejeros fue fusilado y el Señor Presidente se contentó con enviar al Emperador de Francia diez mil pesos para comprar armas y pertrechos. Se sabe que el malagradecido Napoleón jamás envió a su aliado boliviano mensaje alguno de reconocimiento por su ayuda.

**C**uenta la tradición oral boliviana que una vez Melgarejo invitó a Palacio al Encargado de Negocios de la Gran Bretaña. Se trataba de mostrar al distinguido huésped la disciplina ejemplar de la Guardia Presidencial. Melgarejo formó en fila veinte soldados ante el diplomático inglés y frente a un balcón cuya balaustrada había sido previamente removida. Y fue así cómo el aterrorizado visitante oyó la orden que dio el Presidente a los soldados de avanzar hacia el balcón. Y lo increíble; lo que paralizó de estupor al Enviado de Su Majestad la Emperatriz y Reina Victoria, fue que, al no recibir la orden de parar, los centinelas del Presidente fueron cayendo al vacío y despanzurrándose contra el adoquinado de la plaza. El diplomático no pudo contenerse y estalló en denuestos contra Melgarejo. Y el dictador, que no estaba acostumbrado a que persona alguna lo irrespetara, llamó a sus centinelas, hizo traer una múcura ventruda llena de chocolate caliente y espeso y, después de dirigir las bayonetas de sus guardias hacia la panza del desventurado embajador, le hizo beber todo el contenido de la vasija hasta la última gota. El señor plenipotenciario regresó de inmediato a Londres. Y siempre se ha afirmado que no viajó por los medios normales de la época sino que, por los efectos del chocolate, levitó impetuosamente y atravesó volando el resto de Suramérica y todo el Océano Atlántico, gracias a los eficaces impulsos de la flato-propulsión.

**E**n 1871 estalló la revuelta que habría de derrocar a Melgarejo. La encabezó el general Agustín Morales, tan crapuloso y beodo como su antecesor, sólo que con un pequeño vicio que Melgarejo nunca practicó: el incesto. La única manceba que se le conoció fue su propia hija, a quien profesó, en su doble condición de padre y amante, una fidelidad a toda prueba.

**V**iéndose ya perdido, Melgarejo huyó a toda la velocidad que le dio el galope de Holofernes, rumbo a la frontera peruana y acompañado por un grupo de leales

a quienes, por una extraña coincidencia, se les iba extinguendo la lealtad a medida que notaban cómo el cansancio reventaba al fiel caballo del fugitivo y cómo se aproximaban los sicarios de Morales que tenían la orden de descuartizar al presidente derrocado y a sus compinches y llevar sus cabezas y miembros a La Paz para un múltiple espectáculo de escarmiento. Cerca de la frontera, ya habían desertado todos. Poco después, el buen Holofernes expiró pidiendo cerveza a relinchazo limpio. Melgarejo llegó a tierra peruana montado en un jumento astroso y disfrazado de fraile mendicante. Al llegar a la capital se identificó y declaró para la prensa que la democracia boliviana exigía su inmediato regreso a la presidencia. Quiso organizar un complot contra Morales pero fracasó por falta de recursos para armar a los esbirros. Poco después murió en Lima asesinado por uno de sus yernos.

**M**orales era corto de estatura pero tenía la fortaleza de un toro bravo. Nunca pudo tener un caballo favorito, como Melgarejo, porque cuando sus corceles no le obedecían, los mataba a trompadas. Su mandato fue muy corto, aunque tenía el mismo propósito de Melgarejo de gobernar a Bolivia hasta que le diera la gana y hacer con la Constitución las mismas operaciones higiénicas de su predecesor. Una noche, después de la rutinaria orgía palaciega, se acercó a un tal coronel Lafaye, de quien sospechaba como conspirador, le echó en cara su felonía y lo cubrió de baldones, sin olvidar el reglamentario salivazo en el rostro complementado con dos pares de sopapos. El coronel, que estaba tan ebrio como su presidente, sacó un revólver y le disparó a Morales en el pecho. El monstruo, ya mortalmente herido, tuvo aún fuerzas para avanzar hacia su agresor. Lafaye, reculando, disparó el resto de la carga. Morales, tambaleante, alcanzó a llegar hasta el coronel. Lo asió por el pescuezo y lo desgolletó como a una avecilla. En seguida cayó sobre su matador, formando una cruz grotesca. Al día siguiente, los servidores no levantaron los cuerpos porque creyeron que los dos jerarcas estaban disfrutando el sopor de una borrachera feroz. Sólo mucho más tarde, la hedentina les hizo notar que el sueño que dormían sus comandantes era de los de no despertar jamás.

## CAPÍTULO III

### *El ogro de los Andes*

*Igual que el Libertador Simón Bolívar,  
nací un 24 de julio; y como él,  
moriré un 17 de diciembre, pero del  
año que yo elija de acuerdo con mi  
real gana.*

*Benemérito general - Juan Vicente Gómez.*

**H**ace casi un siglo, empezando la década de los noventa, el compadre Juan Vicente Gómez estaba muy lejos de imaginar el destino que lo aguardaba pocos años más tarde. Era de origen modesto y nació de un ayuntamiento que jamás fue refrendado por bendición alguna. Su madre fue una hermosa motilona llamada Hermenegilda Chacón, y su padre, un cucuteño blanco que respondía al nombre de Evaristo García y que no era, por cierto, un arquetipo de finos modales. Juan Vicente nació en Cúcuta, lo cual es bueno anotar aquí, a fin de estimular el orgullo que los colombianos debemos sentir de tener un compatriota tan ilustre. Y sigamos con la historia. Durante los primeros meses de vida del párvulo, Hermenegilda vivió una vida infernal con Evaristo. El cucuteño la maltrataba sin piedad y ella, que era díscola como todos los de su raza, respondía con toda la violencia del caso, aprovechando las frecuentes borracheras de Evaristo para quebrarle tinajas y otros objetos por el estilo en la crisma. No bien había cumplido Juan Vicentico su primer año de vida cuando Hermenegilda, desesperada con esta vida de salvajes, pasó la frontera y se instaló en San Antonio con algunos patacones que logró hurtarle a su verdugo. Allí conoció a Pedro Cornelio Gómez, un hacendado tachirense que se amancebó con ella, la trató siempre con suavidad y dulzura, adoptó al niño y le dio su apellido. Fue así como el hijo de Evaristo y Hermenegilda dio los primeros pasos llamándose ya Juan Vicente Gómez.

**P**or la época en que se inició este capítulo, Juan Vicente, que desde muy joven (había nacido en 1857), ya mostraba ser un genuino tiburón para los negocios, estaba entregado de manera febril a la consolidación de un emporio agrícola y ganadero en la hacienda que él bautizó *La Mulera*, cerca de San Antonio y, por lo tanto, de la frontera colombiana. A todas estas se sucedían las guerras entre los innumerables caudillos semi-feudales que se repartían el territorio venezolano. Cuando empieza nuestra historia, era presidente el doctor Raimundo Andueza Palacio, y su procónsul en el Táchira el general Cipriano Castro. En 1892, el indómito general Joaquín Crespo, que ya había ejercido el poder supremo en la década anterior, se sublevó contra Andueza. Castro, que ya conocía bastante a Gómez y admiraba su astucia y su talento natural, lo buscó en la emergencia y le ofreció toda clase de ventajas y canonjías a trueque de su ayuda para debelar la insurrección de Crespo. Gómez se entusiasmó y procedió a movilizar su peonada para defender la legitimidad. Pero ya era tarde. Andueza Palacio estaba derrocado y Crespo ocupaba el Palacio de Miraflores dispuesto a exterminar a los notables del antiguo régimen. Fue así como todos los que estaban por los lados del Táchira y del Zulia volaron a Colombia. Entre ellos estaban el general Cipriano Castro y su compadre Juan Vicente Gómez, a quienes ya ligaba una estrecha amistad. Gómez dismanteló *La Mulera* hasta donde pudo, cargó con herramientas y aperos y arreó el ganado hacia tierras colombianas. Se estableció en su nativa Cúcuta, desde donde pudo ver el resplandor

de las llamas que devoraban la casa y demás instalaciones de *La Mulera*, incendiada por los agentes del nuevo gobierno. Y no tardó en rehacerse. Compró una finca y sus negocios volvieron a tomar vigoroso impulso. Por su parte, el general Cipriano Castro se convirtió en el centro del grupo de exiliados que se instaló en Cúcuta a la espera de la ocasión propicia para caer sobre su enemigo. Pasaron los años y la ocasión llegó. En 1898 el general Crespo decidió tomarse uno de esos descansos tan típicos de nuestros dictadores y dejó en el poder a su hombre de paja predilecto, que en este caso era el general Ignacio Andrade. En 1899, la situación económica del país era calamitosa, entre otras razones porque los cuantiosos empréstitos contratados por el general Crespo en Alemania y otras potencias habían sido devorados por su rosca de favoritos y validos. Con precisión de gran estrategia, Castro adivinó la oportunidad, buscó a Gómez y le dijo con pasmosa tranquilidad:

—Alístese, compadre, que pasado mañana salimos para Caracas.

Y empezó la invasión. El ejército que iba a derrocar al gobierno no llegaba a sesenta hombres, pero Castro era un visionario y sabía con fe mesiánica que por el camino se sumarían millares de voluntarios, como en efecto ocurrió. Bautizó su cruzada con el sonoro nombre de *Revolución Restauradora* y designó a su compadre Juan Vicente como segundo comandante del ejército y sucesor suyo en caso de que una bala enemiga pusiera fin a su mandato. Además, el general Castro pensaba en grande. En Colombia había estallado la guerra civil que duraría mil días y él, como buen liberal, simpatizaba con sus correligionarios del vecino país a quienes brindó apoyo cuando llegó al poder. Pero sus proyectos iban más lejos. A menudo decía a su compadre Gómez:

—Mire, compadrito. Vamos a restablecer la Gran Colombia y vamos a hacer una alianza con Uribe Uribe y con Eloy Alfaro en el Ecuador para limpiar de godos este continente.

**L**a campaña de Castro y Gómez contra el gobierno fue fulminante. Siguió más o menos la misma trayectoria de la Campaña Admirable de Bolívar y, como ella, fue una ininterrumpida sucesión de victorias hasta la toma final de Caracas. Al culminar en la capital, el ejército restaurador, tal como lo había presagiado Castro, constaba de muchos miles de hombres. Los caudillos regionales habían ido doblegándose en el camino ante el carisma avasallador de don Cipriano.

**A**l llegar a la capital, que ya era una linda ciudad de cien mil habitantes, los atónitos andinos guindaron sus hamacas en calles y plazas, de tal suerte que a los pocos días de la entrada triunfal, la Plaza de Bolívar y las principales avenidas de Caracas eran un vasto yapestoso estercolero. El general Castro tuvo que interrumpir la fiesta que había iniciado en Palacio y no había terminado aún, para alojar a sus

impávidos andinos que amenazaban con transformar a Caracas en una cloaca irrespirable.

**P**ero la lucha no había concluido. Instalados los restauradores en el poder se desató la epidemia de las insurrecciones regionales encabezadas por los caudillos que habían prestado su concurso a Castro. El nuevo mandatario no se asustó. Confiaba ciegamente en la pericia militar y en la lealtad a toda prueba de su compadre Juan Vicente, a quien encargó la misión de aplastar a la fiera multicéfala. Gómez aceptó y fue así como el pacífico hacendado de *La Mulera* dio pruebas asombrosas del más deslumbrante talento militar, aniquilando con una precisión y una rapidez desconcertantes las fuerzas de todos y cada uno de los sátrapas locales sublevados. Desde escaramuzas hasta grandes batallas, pasando por combates medianos, no hubo caudillejo provincial que no sucumbiera ante los embates de Juan Vicente. El más arriscado de todos fue el célebre Mocho Hernández, cuyas montoneras también exterminó Juan Vicente. Pero el general Castro tenía una gruesa cuenta de deslealtad que cobrarle al Mocho. Lo hizo conducir a Caracas engrillado y allí, igual que en los grandes triunfos romanos, el Mocho Hernández desfiló en medio del escarnio y los vituperios del populacho en una tartana cochambrosa tirada por dos pollinos. Durante todo el trayecto afrentoso, el Mocho no dejó por un instante de recibir en rostro y cabeza los impactos de los huevos y tomates que le arrojaba la turba, mientras el invicto general Gómez encabezaba el desfile en un airoso corcel blanco y recibía los pétalos que le arrojaban las lindas caraqueñas. Castro ordenó que al Mocho le quitaran los restos de tomates y huevos con chorros de agua fría y lo enviaran luego a podrirse en un presidio infecto de Maracaibo. Gómez era la segunda estrella de la constelación restauradora y en él confiaba más que nunca, con fe paternal, su querido compadre Cipriano Castro.

**D**esde los tiempos apacibles de *La Mulera*, Gómez tenía una concubina que nunca dejó de ser su predilecta. Se llamaba Dionisia Bello. Sin embargo, nunca se presentó en público con ella, y lo que es más curioso, jamás la acompañó en el lecho hasta el día siguiente. El general justificaba este hábito con una sentencia contundente:

—El hombre que amanece con las mujeres termina haciendo lo que ellas quieren.

**P**ero estaba escrito que el general Cipriano Castro no conocería un momento de sosiego. Humeaban todavía los cañones y fusiles de la Pacificación cuando empezaron las tribulaciones internacionales para su gobierno. Los prestamistas alemanes y británicos estaban ya impacientes por la tardanza de Venezuela en la

cancelación de las deudas contraídas por el general Crespo y succionadas por sus paniaguados. Entonces los gobiernos del Kaiser y S. M. Británica acordaron efectuar un cobro rápido y expedito con los cañones de sus acorazados y cruceros. Pero antes, tomaron una precaución elemental. Sabían que el arisco Teddy Roosevelt montaba guardia frente a su patio trasero y que no estaba dispuesto a que ninguna potencia europea se metiera a disputárselo. En consecuencia, comisionaron a sus embajadores en Washington para negociar con Teddy los términos en que podrían llevar a cabo su *cobranza*. Roosevelt fue categórico: los autorizó para bombardear sin contemplaciones los puertos venezolanos que a bien tuvieran con la condición perentoria de que no podrían desembarcar, puesto que ello sería la usurpación de un privilegio reservado a sus *marines*. El consorcio anglo-germano aceptó las condiciones de Teddy y despachó sin demora su expedición punitiva rumbo a La Guaira. Las dos armadas cumplieron puntualmente la cita y en seguida dieron comienzo a un cañoneo despiadado que arrasó las frágiles construcciones del puerto y dejó centenares de cadáveres civiles en calles y playas. La protesta mundial por esta criminal agresión fue unánime, hasta el extremo de que el laureado poeta Rudyard Kipling, supremo apologista de los intereses imperiales de Inglaterra, se sumó a la protesta en los términos más severos.

**Y** ocurrió lo inesperado. Los almirantes ingleses y alemanes se entusiasmaron tanto con el humo, los escombros y las víctimas de La Guaira, que olvidaron las admoniciones de Teddy y pusieron proa a Maracaibo con el propósito de desembarcar. ¡Quién dijo miedo! El huésped de la Casa Blanca se puso iracundo y movilizó en seguida la poderosa flota que tenía surta en La Culebra (Puerto Rico) hacia Maracaibo, con orden de hundir los barcos anglo-alemanes si no regresaban sin demora a sus bases. Huelga decir que, llenos de humillación y vergüenza, tuvieron que hacerlo sin demora.

**P**ero don Cipriano también estaba indignado y ya, además del ejército regular, había armado milicias populares para hacerle frente a cualquier invasión extranjera. Y, no contento con eso, de una sola plumada, y sin pensarlo dos veces, expropió *todas* las empresas foráneas que operaban en Venezuela. Eso ya era demasiado. Teddy perdió la paciencia y decidió asumir la personería, no sólo de las compañías norteamericanas que habían caído bajo el zarpazo de Castro, sino también de las inglesas, francesas y alemanas que habían corrido la misma suerte. Lo primero que pensó Teddy fue movilizar de nuevo la flota de La Culebra atarugada de *marines*. Pero luego recapacitó y decidió que lo más prudente para derribar al insolente *macaco* era promover una invasión con mercenarios venezolanos bien armados. Luego esta solución tampoco lo satisfizo del todo. Comprendió que la tropa



mercenaria podría ser apabullada y que al fin se vería precisado a lanzar sobre las costas venezolanas a sus aguerridos *marines*. Vino entonces la ofensiva diplomática y el nombre del general Juan Vicente Gómez empezó a sonar como un buen amigo de los *Musiús*, que era el nombre genérico que él aplicaba a todos los extranjeros no hispano-parlantes. Finalmente, Gómez fue el elegido en forma unánime por los diplomáticos de las potencias agraviadas para asestar la puñalada por la espalda a su compadre. Y aquí vino el increíble golpe de suerte. La desaforada salacidad de don Cipriano comenzó a cobrar un precio muy elevado y la próstata, ya estragada, se hizo sentir. Los médicos criollos no pudieron más y exigieron a su paciente probar suerte con la ciencia europea. Don Cipriano, lejos de experimentar temor alguno, hizo maletas y encargó de la presidencia a su leal compadre Juan Vicente. En noviembre de 1908 partió para Europa, seguro de que pronto volvería con sus arrestos viriles renovados, a recibir de nuevo el mando de manos del compadre.

**N**o hubo, pues, hecho cruento alguno. Ni invasiones, ni guerra civil, ni bombardeos, ni conmoción de cualquier naturaleza. En diciembre de 1908, apenas pasado un mes de la partida de su amado compadre, Juan Vicente asumió el poder con carácter definitivo y mandó notificar a don Cipriano sobre la conveniencia de no volver a pisar tierra venezolana por el resto de su vida. No se vertió una gota de sangre en esta insólita transmisión del mando. Pero de todas maneras, Teddy era precavido. Mientras Gómez asumía el mando, en aguas próximas a La Guaira fondeaban los acorazados *Maine*, *Des Moines*, *Dolphin* y *North Carolina* atiborrados de *marines* para el caso de que cualquier inesperado desorden amenazara con malograr la posesión del nuevo mandatario. Ya bien sentado en la silla presidencial, el general Gómez resumió su credo político en palabras bien simples:

—Ése fue el error de mi compadre Cipriano: ponerse a pelear con los *musiús*. Pero yo no voy a cometer jamás esa pendejada.

El capítulo 27 del evangelio según Mateo narra en forma desgarradora el episodio en que Judas, enloquecido por el arrepentimiento de haber vendido a su Maestro, acude a los sacerdotes para devolverles las treinta piezas de plata que le han pagado como precio de su felonía. Los sacerdotes no se las reciben, el traidor las arroja al suelo y, fuera de sí, se ahorca. Luego los jefes deliberan y deciden no incorporarlas al tesoro de las ofrendas *por ser precio de sangre*. El general Gómez no tenía la sensibilidad de conciencia del buen Judas. Su traición le reportó sumas bastantes mayores que las treinta monedas del pobre Iscariote, y sin que remordimiento alguno le mortificase en lo mínimo, gobernó con mano de hierro a Venezuela durante los siguientes 27 años. De ese largo período veremos a continuación algunos episodios.

La suerte del general Gómez no tiene paralelo en la historia de este continente. En primer término, era el hombre que las potencias necesitaban en Venezuela. Cuando tomó el poder, ya hasta las narices de los colosos petroleros llegaba el tufo exquisito que salía de las entrañas del lago de Maracaibo y sus contornos. Y simultáneamente con esta premonición maravillosa, ocurrían, o se avecinaban hechos de incalculable trascendencia los cuales multiplicarían la demanda del líquido precioso que ya pugnaba por salir a chorros de los entresijos geológicos que lo aprisionaban desde la prehistoria. El señor Ford ya producía sus asombrosos automóviles en serie. Los hermanos Wright habían puesto a volar un extraño pajarraco más pesado que el aire, que no tardaría en multiplicarse hasta el infinito, requiriendo también cantidades ingentes del oro negro. Y como si eso fuera poco, faltaban escasos años para que las grandes potencias se dedicaran con el mayor empeño y voluntad a la carnicería que empezó en 1914 y cesó en el 18, y que también exigiría notables cantidades extras de combustible para mover tanques, aviones, motocicletas de combate y otros aparatos de muerte. Pasó entonces algo muy divertido. Los dos gigantes que se disputaban el petróleo del mundo eran la Standard Oil y la Shell. La primera no le *paró bolas* al tesoro venezolano. La segunda, en cambio, se lanzó con ojo avizor y garras bien afiladas, esperando monopolizarlo. El primero de julio de 1914, la Royal Dutch Shell hizo brotar del subsuelo venezolano el primer chorro de petróleo de su historia. Las ganancias del consorcio anglo-holandés fueron tan espectaculares que después de enriquecer de manera delirante a Gómez, alcanzaron para multiplicar las utilidades del coloso. Lógicamente, los magnates de la Standard Oil comprendieron la magnitud de su miopía y volaron a recuperar el tiempo perdido. La Shell tembló. El general Gómez se mantuvo sereno. Medió salomónicamente y le otorgó una jugosa tajada a la Standard. Cuando los jefes de la Shell le fueron a presentar sus querellas, Gómez les dijo:

—Gracias a ellos estoy aquí. No puedo ser ingrato.

Los emisarios de la Shell captaron el mensaje y se limitaron a pactar un *Cártel* con sus competidores.

Vino entonces una danza de millones con pocos pares en la historia. Baste con decir que habiendo sido 1914, el año de la primera perforación, Venezuela era ya en 1928 el segundo productor mundial de crudo. Y Juan Vicente entró en la danza con toda la voracidad que venía afinando desde los remotos años de *La Mulera*. Poco después de iniciarse el auge del petróleo, era dueño del 14% de la tierra útil de Venezuela y del 32% de sus industrias. Era, en suma, uno de los hombres más opulentos del mundo.

**E**l general Gómez fue consagrado como *El Benemérito* por sus palaciegos y turiferarios y como *El Bagre* por los demócratas que lo combatieron sin cesar y sin éxito durante décadas. La dictadura que instauró tuvo perfiles de espanto. Los conspiradores que caían en garras de sus sayones eran colgados de los testículos hasta que el resto del cuerpo se desprendía por su propio peso. El terror gomecista tuvo su símbolo tenebroso; su Bastilla tropical: la horrenda prisión de La Rotunda en Caracas, hoy lamentablemente demolida. Allí eran arrojados como basuras los enemigos supuestos o reales del gobierno para que se pudrieran en unos calabozos mefíticos donde tenían qué velar y dormir en medio de sus propias inmundicias. La ración consistía invariablemente en caldo de cebollas viejas y dos o tres bananos. Los presos recibían esta bazofia en tarros de gasolina que aún conservaban el olor y el sabor del combustible. Por supuesto, este continuo paladeo de plátano y cebolla agria sazonados con gasolina bastaba por sí solo para enloquecer a los más estoicos y templados. Además, a todos se les colocaban grillos cuyo peso se graduaba de acuerdo con la peligrosidad del cautivo. A los reputados como máximos enemigos de la *rehabilitación* (la causa del régimen), se les ponían en pescuezo, pies y manos, grillos de 150 kilos que los inmovilizaban totalmente hasta que morían en medio de su propia putrefacción sin alcanzar siquiera a degustar la exquisita menestra de cebolla, banano y combustible.

**P**ero hubo un elemento adicional en el que mostraron su refinamiento los sádicos que el Benemérito designaba para administrar La Rotunda. Entre los huéspedes de tan acogedor y confortable asilo para disidentes, había de vez en cuando algunos que mostraban una resistencia sobrehumana y los tratamientos hoteleros y dietéticos que se han descrito. Pues bien: para estos, así como para aquellos cuya presencia parecía al Bagre más adecuada en la otra vida que en esta, estaba prescrito un tratamiento infalible cuya aplicación se delegó en las expertas manos del *chef* de La Rotunda y sus cocineros. Consistía en agregar al plato cotidiano cantidades razonables de arsénico o vidrio molido, cuyas consecuencias eran unas agrieras y dispepsias que sólo se calmaban con las aguas minerales y los bicarbonatos de la bienaventuranza eterna.

**C**omo bien se recuerda, el Benemérito trasladó en la práctica la sede del gobierno a su residencia campestre de Maracay. En Caracas sólo quedó el aparato formal. En consecuencia, todos los visitantes ilustres eran recibidos por Juan Vicente en sus tierras de Aragua, de manera informal y campechana. Y allí ejercía el dictador una suerte muy divertida de sadismo con sus huéspedes ilustres. En las cumbres de la opulencia y el poder absoluto, el Bagre no había variado sus gustos culinarios. Rechazaba todo lo que le pareciera *platos de musiús* y seguía fiel a su carne mechada,

a sus caraoatas, a sus tajadas de plátano y, sobre todo, a la deliciosa *guasacaca*, salsa estupenda a la que se le puede graduar el ají según el gusto del comensal. Desde luego, el general Gómez tenía las fauces curtidas desde su infancia andina para los picantes más bravios y sentía un gusto muy especial por los que más habían acreditado su fama de sollamar guargüeros. Entonces, su gran placer, entre sádico y pueril, era hacer depositar las mas temibles guasacacas en los platos de sus invitados para disfrutar con las toses, las lágrimas y los sofocos de las indefensas víctimas a las que el protocolo impedía rechazar los incendiarios manjares.

Poco después de concluido su temerario vuelo trasatlántico, Charles Lindbergh hizo una gira triunfal por Iberoamérica y dentro de ella visitó a Gómez en su hacienda de Maracay. El legendario aviador iba tripulando su *Espíritu de San Luis* y en él aterrizó en uno de los potreros del dictador. Luego de tocar tierra, Lindbergh cometió la descortesía de ponerse a revisar los frenos del aparato antes de presentar el saludo protocolario al general. Juan Vicente fingió no hacer caso del desacato cuando sus edecanes se lo hicieron notar y, por el contrario, elogió a Lindbergh con esta frase muy propia de su ancestro campesino:

—A mí siempre me ha gustado el hombre que ante todo se preocupa por el buen estado de su caballo.

Después que Lindbergh dejó el «caballo» en perfectas condiciones mecánicas, se dirigió a saludar al Benemérito. El viejo cazurro no las tenía todas consigo pero siguió fingiendo. Tres de sus hijas se acercaron al héroe para ofrendarle un bello ramo de flores. Lindbergh, queriendo hacer una cortesía, dijo en su rudimentario español:

—¿Son naturales?

Y Gómez intervino:

—Naturales pero reconocidas, musíú.

Y llegó el momento de la venganza. Hizo saber por un intérprete al *Aguila Solitaria* que había dispuesto en su honor un banquete típico venezolano. Pero lo que Lindbergh no sabía era que mientras, con la mayor descortesía, apretaba tuercas a su *caballo*, el Bagre ordenaba a sus veteranas cocineras tachirenses redoblar la dosis de ají en la guasacaca. Pasaron a manteles y los criados rociaron sin cortapisas todas las viandas con la mortífera salsa. Lindbergh fue invitado a empezar. Fue la única oportunidad en toda su vida en que el intrépido aeronauta gringo sintió la muerte mucho más próxima que, cuando en el silencio de la noche atlántica, llegó a pensar, conduciendo su frágil avioncito, que el tiempo se había paralizado para siempre.

Otra víctima del mismo tratamiento crudelísimo fue nuestro eximio poeta Guillermo Valencia quien, como delegado de Colombia a los festejos del

primer centenario bolivariano de 1930, visitó al Benemérito en Maracay. Valencia era un insigne caballero de maneras exquisitas y, por lo tanto, su comportamiento ante el dictador fue el de siempre, es decir, el de un gran señor. Pero pesaba sobre él una desventaja mucho más grave que las patanadas de Lindbergh: era un poeta; era un intelectual. Y bien conocida es la aversión implacable y feroz que siempre han experimentado los dictadores contra los hombres pensantes. Gómez no podía mandar a Valencia a La Rotunda, como acaso habría sido su íntimo deseo. Tampoco podía agasjarlo con un buen mazacote de plátanos y cebollas en tarro de gasolina. Entonces, sólo le quedaba un medio de agredir al poeta: la más ardiente de sus guasacacas. Se sirvió el fatídico almuerzo y, con los ojos llorando lágrimas de ají, nuestro lirida hubo de ingerir su ración de guasacaca ígnea. Es indudable que una sola de las bocanadas de fuego que entonces arrojó el desdichado poeta de Popayán, hubiera bastado para calcinar a toda una tímida bandada de cigüeñas blancas o ahuyentar en estampida a dos o más lánguidos camellos de elásticas cervices.

**H**ermenegilda Chacón, la madre motilona de Gómez, lo acompañó en forma abnegada, junto con su barragana Dionisia Bello, a lo largo de toda la fulminante campaña que empezó en Cúcuta y culminó en Caracas. Por supuesto, no puede decirse que el Bagre la amara con intensa devoción filial. Ningún tirano ha amado jamás a nadie. El afecto es, para ellos, una forma de claudicación; es abrir las defensas; es bajar la guardia. De ahí la leyenda, muy verosímil por cierto, que circulaba sobre Juan Vicente, según la cual el Benemérito hacía el amor sin quitarse las botas *por cualquier emergencia*. Pero volviendo a Hermenegilda, Gómez sentía respecto a ella la necesidad de mantenerla con la dignidad propia de la abuela de la *rehabilitación*. Le mandó construir un palacete en Macuto con una espléndida vista al mar. Allí se alelaba la motilona durante largas horas. Su hijo la visitaba cada mes, le llevaba regalos espectaculares y sostenía con ellas unas charlas sosas e interminables, hasta que la vieja se quedaba profunda y los obsequios de su hijito le rodaban por el regazo.

**D**urante el ejercicio del poder absoluto, el Benemérito jamás mostró preocupación alguna por mejorar en lo mínimo el nivel de cultura con que partió de Cúcuta en 1899 al lado de su compadre Cipriano hacia la conquista del poder. Un día, sus cortesanos llegaron jubilosos a la residencia de Maracay para proceder a la solemne ceremonia de la instalación del teléfono, que se comunicaba con Caracas a través de un conmutador. Los áulicos explicaron a Su Excelencia las características y bondades del maravilloso invento y le rogaron que levantara la bocina e hiciera la primera llamada. El general, en efecto, alzó el auricular y escuchó la voz de una operadora que le preguntaba:

—¿Qué número, Excelencia?

A lo que Gómez replicó sin vacilar:

—¡Cuarenta y seis, carajo! ¡Recuerde que tengo los pies anchos!

Los fámulos del dictador tuvieron que fingir toda clase de toses para disimular la risa. Y más aún, cuando oyeron el comentario con que Gómez remató la escena:

—Estas máquinas que se inventan los musiús son una cosa increíble. Con sólo levantar esa vaina que llaman bocina, ya saben que uno quiere un par de botas.

**L**as relaciones del Benemérito con la Iglesia Católica fueron ambiguas. Cuando ya había recibido prácticamente toda la quincallería de las condecoraciones internacionales, sus perros falderos acudieron al Nuncio Apostólico para hacerle ver que la Santa Sede estaba en mora de conceder al general Gómez la Orden Piana. Por esa época, los sabuesos del dictador descubrieron un complot contra el régimen en el que estaba comprometido el padre Régulo Franquis, un sacerdote bragado hasta el heroísmo que ya venía denunciando las atrocidades del Bagre. Fracasada la conspiración, el valeroso cura huyó tratando de alcanzar un barco en La Guaira, debidamente disfrazado, y llevando consigo una serie de documentos que se proponía llevar ante el Sumo Pontífice en Roma para demostrar al Papa cuán indigno era Gómez de recibir la máxima distinción vaticana, dados sus crímenes y latrocinios. Desgraciadamente, los esbirros de la dictadura lo alcanzaron en Maiquetía, lo llevaron a Caracas, lo pasearon por las calles enjaulado como una fiera, publicaron en la prensa las denuncias que Franquis se proponía presentar en Roma, y lo echaron al más hediondo calabozo de La Rotunda. Inmediatamente el director, un monstruo espantable llamado Nereo Pacheco, recibió directamente de Gómez la orden de liquidar cuanto antes al indomable sacerdote. El verdugo, obsecuente, le administró la ritual dosis de arsénico. El cura la soportó. En seguida llegaron cinco carceleros, y mientras cuatro de ellos lo trincaban, el otro le hacía tragar la sopa letal con un embudo. El cadáver del padre Franquis fue arrojado a un muladar cercano.

**H**ubo otro caso similar al anterior. El presbítero Antonio Luis Mendoza era un sacerdote que gozaba de gran prestigio por sus dotes de extraordinario orador. El padre Mendoza tenía un concepto muy severo de la moral cristiana y no conocía el miedo. Esos dos elementos combinados produjeron un sermón explosivo en que el temerario cura reprochó en los términos más violentos al concubinato calificándolo como un pecado funesto y mucho más cuando quienes incurrían en él de manera impúdica y escandalosa eran los encargados de gobernar a los pueblos y, por ende, de darles ejemplo de vida recta e intachable. El virulento sermón del presbítero Mendoza, pronunciado en 1912, era una inequívoca alusión al antiguo contubernio del Señor Presidente con su concubina Dionisia Bello. El precio de este sermón fue

alto: nueve años engrillado en La Rotunda. Pero el largo y atroz cautiverio no doblegó al padre Mendoza. A diario se erguía por encima del peso de los grillos, de la inanición, de la fetidez, de todos los horrores de la ergástula, para pronunciar a todo pulmón elocuentes sermones contra la tiranía. En 1921, siendo ya un cadáver ambulante, fue liberado. Vivió tres años más *doliéndole el habla y pesándole la sombra*. En 1924, año de la muerte de Cipriano Castro en el destierro, murió este luchador indomable.

**A**lgunos presos políticos hallaban a veces una alternativa distinta de podrirse vivos en La Rotunda. Era la de salir cargando sus grillos a trabajar a las carreteras del progreso gomecista bajo el zurriago de los capataces. De ahí que el lema oficial de *Unión, paz y trabajo* fuera transformado por la oposición clandestina en *Unión en las prisiones, paz en los cementerios y trabajo en las carreteras*.

**J**uan Vicente Gómez, como todos los caciques bárbaros de su calaña, se creía un protomacho sin parangón y sentía, por consiguiente, un odio visceral hacia cualquier forma de homosexualismo. Duro en extremo fue, pues, el trance por el que hubo de pasar cuando su hermano Juancho, vicepresidente de la Nación, fue hallado en su alcoba con veintisiete puñaladas, todas ellas certeramente dirigidas a órganos vitales. Hubo fuertes indicios de que Juancho había cedido a una irresistible vocación tardía de pederasta y que había muerto en un sórdido lance relacionado con sus inconfesables aventuras. Otras versiones sostenían que el asesino había sido Vicentico, hijo mayor del déspota, para abrirse más fácilmente camino hacia el poder. El hecho cierto es que centenares de sospechosos inocentes fueron sometidos al habitual colgamiento de la bolsa testicular y cuatro mujeres, a falta de ese apéndice, fueron colgadas de sus protuberancias mamarias.

**H**ay una anécdota soberbia que es una de las que de modo más vivo expresan las dimensiones que alcanzó el poder absoluto de Juan Vicente Gómez. Comenzando la década de los veintes, el Bagre enfermó de gravedad. Lo postró la dolencia que años después habría de asestarle el golpe final. Su máquina urinaria entró en una huelga pertinaz y las bacinillas presidenciales quedaron huérfanas del benemérito chorro. Hubo alarma en toda la República y en poco tiempo acudieron a Maracay los más notables urólogos de Venezuela y muchos del exterior. Todo fue en vano. Inexorablemente, el general Gómez se iba zambullendo en el sopor letal de la uremia. En medio de la angustia de la corte, llegó a Maracay un médico de edad madura que se había graduado en París y que en ese momento acababa de desembarcar procedente de esa misma ciudad, donde había coronado con el mejor

suceso una alta especialización en urología. Era el doctor Adolfo Bueno y afirmaba con una seguridad pasmosa que curaría al Benemérito si se lo dejaban tratar. Los áulicos se mostraron desconfiados, pero en la desesperación terminaron por aceptar los servicios del médico desconocido. El doctor Bueno procedió en seguida. Con pulso firme, hundió toda guisa de barrenos magistrales en la estragada uretra del general Gómez. Y el milagro se hizo. Poco a poco, la cara mortecina del Bagre fue cobrando lozanía a medida que un géyser impetuoso emergía de la vejiga y anegaba el aposento en medio del alborozo de los cortesanos que envasaban en frascos muestras de los beneméritos orines para venerarlas como reliquias y enseñarlas a sus descendientes con el orgullo propio de haber sido testigos del prodigio. Una vez recobrada la salud y regularizadas las emisiones urinarias, el resucitado preguntó quién le había devuelto la vida y exigió su presencia en Maracay. El doctor Bueno obedeció. Hasta ese momento era sólo un médico que vivía decorosamente de su ejercicio profesional. La gratitud del dictador se concretó rápidamente. El autor del milagro renal sería, a partir de ese instante, propietario vitalicio (y, naturalmente, sus herederos) de una inmensa concesión petrolífera en el lago de Maracaibo. Desde entonces, el afortunado urólogo y su familia empezaron a devengar una renta de ochenta mil dólares mensuales gracias a la cual el doctor Bueno pudo abandonar el tedioso ejercicio de hurgar meatos ajenos para dedicarse a escribir la obra de su vida: la etiología de la constipación vesical en los hipopótamos surafricanos. Es evidente que jamás micción alguna en la historia de la humanidad obró portentos similares.

**N**adie osó jamás contradecir a Gómez, salvo una privilegiada: su paisana tachirense y pitonisa de cabecera Josefa Candiales, que le revelaba los arcanos del futuro en los tazones de chocolate, en el universo infinito de las barajas, en la ceniza de los chicotes y en los entresijos de cochinillos acabados de nacer y de chivos recién desventrados. Los augurios de Josefa fueron siempre para el Benemérito mensajes sobrenaturales de los que no se podía dudar. En efecto, una vez los presagios de la Candiales entraron en pugna con la voz incuestionable del ilustre historiador y banquero Vicente Lecuna quien, pese al respeto que le profesaba el dictador, hubo de pasar por la humillación de ceder ante las premoniciones de la bruja. Por su parte, el Benemérito también se creía algo vidente y varias veces creyó descubrir conspiraciones en la mirada de los «culpables», todos los cuales terminaron masticando plátanos y cebollas con vidrio molido en las mazmorras de La Rotunda.

**U**na vez, su hermanastro Santos Matute, tan probo y honesto como su apellido, se alzó con tres millones de dólares en efectivo y escapó en un avión a Curazao. Gómez exigió a las autoridades holandesas que le devolvieran al caco en una jaula para escarmentarlo de manera ejemplar. Su petición fue rechazada.



Entonces, el tirano enfurecido, dio una prueba soberana de su poder ilimitado. Ordenó que en lo sucesivo ningún avión surcara cielo venezolano bajo pena de ser cañoneado desde tierra. La estafalaria prohibición estuvo vigente dos años, hasta que se requirieron intercesiones de tanto peso como la del propio Charles Lindbergh para que el iracundo dictador diera de nuevo paso a la aviación civil en su país.

**Y**a lo vimos en el epígrafe del presente capítulo. Gómez ordenó cambiar su partida de nacimiento para dejar constancia de que su fecha de natalicio coincidía con la del Libertador. Eso no tiene gracia. Pero lo que sí roza los límites de la magia es la exactitud con que se cumplió su anuncio de que moriría, como Bolívar, un 17 de diciembre. A principios de ese mes de 1935, el sátrapa empezó a languidecer y una vez más los beques presidenciales comenzaron a amanecer vacíos. Y esta vez, la sonda que le había ganado la batalla a la guadaña quince años antes circuló en vano por la uretra del general Gómez. El Bagre fue entrando apaciblemente en el sopor de la muerte y, dando la demostración final de que sus deseos eran leyes para la misma naturaleza, expiró, como el Libertador, el 17 de diciembre hacia el mediodía.

**P**ero el último alarde que hizo el general Gómez de su omnipotencia sin límites ni orillas, ocurrió después de su muerte. En el desfile fúnebre, detrás de la cureña que conducía los frágiles despojos del Bagre, todo enjaezado y arrogante avanzaba el caballo blanco sobre cuyo lomo, en las grandes paradas, tantas veces había pretendido Gómez imitar el talante marcial del Kaiser teutón. El airoso corcel no llevaba palafrenero. Nadie guiaba sus pasos que, sobre el adoquinado de Maracay, marcaban el lento compás de las charangas. El caballo desfilaba majestuosamente solo, a notable distancia, tanto del féretro que lo precedía, como de los escuadrones militares que marchaban detrás de él. Y así siguió hasta que en la última morada de su amo dobló las patas y emitió un largo relincho elegiaco que a todos los concurrentes dejó sumidos en un limbo de perplejidad. Sólo veinte años más tarde, la imaginación torrencial de Jorge Zalamea forjó una escena similar, aunque de signo contrario. Detrás del ataúd que conducía los restos del tétrico Burundún-Burundá, avanzaba también su caballo favorito. Pero este no era un equino plañidero como el de Gómez. Era más inteligente, y por lo tanto celebraba la muerte del ogro con su risa incontenible, con su frenético paso de danza, con sus piruetas de bastonera circense. Era el caballo que, pese a la lóbrega solemnidad del cortejo, reía a carcajadas pensando que ya jamás volvería a sentir sobre su lomo ni en sus ijares la humanidad contrahecha y las piernas estevadas del difunto, *y que de ahora en adelante, acaso fuese posible hundir la jeta golosa en esas pasturanzas en las que hay que pelear con suaves testarazos la flor del trébol al celoso agujón de la avispa.*

**Y** el finado siguió ejerciendo desde ultratumba su poder omnímodo y temible. Las gentes no creyeron que había muerto. Josefa Candiales había propagado y cimentado la especie de que al propio Padre Eterno le temblaría la mano si quisiera matar al Benemérito, y ya estaba amonestando al pueblo para que fuera preparando los festejos con que, en el año 2008, el general Gómez presidiría el doble jubileo conmemorativo del primer siglo de su glorioso advenimiento al poder supremo. En consecuencia, al sepelio de Juan Vicente siguió un vasto silencio de espacios siderales. Sólo, pasadas unas semanas, algunos vecinos de Maracay empezaron a acudir en romería a la cripta del Bagre, no para rendirle tributo alguno de gratitud o afecto, sino para cerciorarse, primero medrosamente, y luego con un alborozo progresivo, de que el personaje estaba de veras muerto para siempre y que no había posibilidad alguna de que escapara de la sepultura para seguir poblando La Rotunda de cadáveres andantes y gimientes. Fue así como los millones de hombres y mujeres que habían sobrevivido casi tres décadas abozalados y envilecidos por la omnipresencia aterradora del Benemérito, acabaron por convencerse de que el todopoderoso no era ya más que un fiambre maloliente, y se lanzaron a las calles y a las plazas para hacer sentir en los cinco continentes y los siete mares la erupción atronadora de su gozo.

## CAPÍTULO IV

### *Dios y Trujillo*

*«... en medio de los  
gritos de la muchedumbre  
que se concentró en la  
Plaza de Armas para glorificar  
al benemérito que puso en fuga al  
dragón del huracán...»*

Gabriel García Márquez  
*El Otoño del Patriarca.*

**L**a República Dominicana vivió bajo la ocupación militar norteamericana entre 1916 y 1924, año en que los *marines* abandonaron la isla. En esa forma, los rudos almirantes de la U. S. Navy retornaban el ejercicio del poder a los nativos aunque, lógicamente, sin soltarlo del todo. Siguieron seis años de inestabilidad y turbulencias que pusieron incertidumbre y desazón en el ánimo de los norteamericanos. Pero la solución ideal no tardó en aparecer, personificada en un general de menos de cuarenta años (había nacido en 1891) que nunca se había sentido embarazado por escrúpulo de conciencia alguno y que ya a estas alturas había roto cualquier dependencia de los preceptos del Decálogo comprendidos entre el quinto y el décimo. El feliz elegido se llamaba Rafael Leonidas Trujillo Molina. Y fue así como en 1930 hubo unas *elecciones* en las que Trujillo ganó la presidencia que en lo sucesivo ejercería con mano de matarife y que sólo vendría a entregar treinta y un años más tarde bajo el poder persuasivo de varias ráfagas de metralla.

**T**rujillo tuvo suerte desde los comienzos de su mandato. Recién llegado al poder supremo, se desató sobre Santo Domingo uno de los más furiosos huracanes que recuerda el largo historial de los desastres caribeños. No había bautizado aún la sabiduría popular estas feroces convulsiones del aire con nombres de mujeres, rindiendo así homenaje al poder arrasador de las bravatas femeninas. Pero el hecho cierto es que este huracán sin nombre ni apellido nunca fue superado en su vesania homicida ya que, además de los destrozos normales, se especializó en arrancar los techos de cinc de las viviendas modestas, lanzarlos a raudas velocidades a manera de guillotinas horizontales y decapitar con ellos a las gentes despavoridas que huían sin rumbo. Entonces, a los aterrados fugitivos no sólo los acechaba el peligro de las cuchillas voladoras, sino el de recibir el impacto de las cabezas destroncadas que seguían galopando enloquecidas a lomos del huracán.

**L**a destrucción fue completa. Sólo al Alcázar de don Diego Colón, la Catedral donde yace su padre el Almirante Cristóforo y unas cuantas construcciones pétreas de la Conquista afrontaron intactas la cólera infernal del ciclón. Pero la catástrofe fue una coyuntura milagrosa para el incipiente dictador que, sagazmente, se entregó con frenesí a la tarea de la reconstrucción, con el resultado de que en corto tiempo, de los escombros de la urbe devastada resurgió una ciudad moderna y pujante, constelada de hermosos edificios y cruzada de bulevares y avenidas. Y fue entonces cuando, ya consolidado su poder absoluto, Trujillo empezó a cultivar con toda la desmesura y el impudor que siempre lo caracterizaron, la más desafortada megalomanía que ha conocido la historia desde Calígula y Nerón. Gigantescos letreros luminosos acosaban a los transeúntes con las tres palabras rituales: *Dios y Trujillo*. En seguida, sus turiferarios lo diputaron Generalísimo, Benefactor y Padre

de la Patria Nueva y lo consagraron como *Invicto domador de huracanes y ciclones*. A continuación procedieron a rebautizar la ciudad borrándole el nombre que ostentaba desde que Bartolomé Colón la fundó en 1496 y llamándola Ciudad Trujillo. A partir de entonces, los párvulos de las escuelas dominicanas aprendieron que no habían sido las fuerzas de la naturaleza ni los designios de Dios los que habían aplacado los vientos destructores, sino la mano providente del Benefactor.

**E**n los albores de su gobierno, el Generalísimo Trujillo hubo de afrontar un problema muy similar al que ocupó a Juan Vicente Gómez cuando era el número dos de Cipriano Castro: el de los caudillejos regionales, siempre indómitos y levantiscos, y proclives en todo momento a convertir sus zonas de influencia en feudos intocables. Estos reyezuelos eran un obstáculo para el imperio omnímodo de Trujillo, para la bienandanza de sus negocios y, claro está, para las inversiones extranjeras. El Benefactor se dio a la tarea de limpiar el país de estos prepotentes mandarines y la cumplió casi en su totalidad. El incómodo *casi* se debió a que uno de los sátrapas le estaba resultando indomable. Todos los demás habían sido muertos en combate menos Desiderio Arias, un guerrillero escurridizo, forajido de larga y temible trayectoria y estrategia instintivo que estuvo a punto de humillar a Trujillo creándole una republiqueta invulnerable en sus narices. Pero el Benefactor no se dio por vencido. Desplazó la lucha a otro terreno. Llamó a su enemigo al diálogo. Los dos adversarios se encontraron, ambos guarecidos por fuertes escoltas. Al final de la conversación Trujillo, ante el estupor de sus matasietes, había aceptado todas las condiciones del cacique para hacer la paz: entregarle dos mil fusiles y toneladas de pertrecho.

**D**espués de formular tímidas objeciones, los subalternos de Trujillo, que ya entonces le obedecían como bestias de circo, cumplieron la orden que juzgaban extravagante y suicida. Desiderio se retiró feliz con su arsenal, y de inmediato procedió a hacer lo que Trujillo, con asombrosa perspicacia, había previsto: convocar a sus secuaces para celebrar el *triumfo* con una juerga monumental. Garridas mulatas trocaron en ese momento su oficio habitual de soldaderas por el de acompañantes de los hombres de Arias en la jubilosa orgía. Infinitas pipas de ron caribeño se vertieron generosas en los gaznates sedientos de los facinerosos que, sin excluir a su caudillo, se entregaron a una loca fornicación de garañones. Algo más tarde, calculando todo con perfecta precisión, Trujillo, que se había replegado a su campamento, llamó a los perplejos oficiales y les dijo estas breves palabras:

—Óiganme bien, partida de pendejos: ahora rodéenlos y no dejen uno solo vivo. Y de ahora en adelante recuerden que yo jamás tomo una decisión estúpida.

Lógicamente, los subalternos del Generalísimo, ya vueltos en sí, volaron a cumplir la

orden. Y así fue. Cuando llegaron las huestes del Benefactor al campamento de Arias, él y todos sus conmlitones, se revolcaron por el suelo semi-inconscientes y abrazados de sus daifas. La faena fue expedita. Los trujillistas no combatieron. Se limitaron a disparar sin tregua sobre este fétido y promiscuo panorama de borrachos. Nadie, ni bandidos ni barraganas, pudo escapar a la matanza, para regocijo de los buitres circunvecinos, que fueron los encargados de concluir el festín. Unos cuantos oficiales, queriendo ser los más puntuales y obsequiosos con el Jefe, cercenaron la cabeza de Desiderio Arias, la metieron en un talego de fique, y se la llevaron de trofeo al Benefactor, que en ese momento festejaba con una cena típica su victoria fulminante contra el más terco y avezado de sus adversarios. Trujillo abrió el paquete con la expectativa de quien recibe un presente navideño, asíó la cabeza por los cabellos grasientos, la miró con desagrado y opinó que no era el espectáculo ideal para contemplar mientras él y su concurrencia consumían unas ricas caraotas con cerveza. Los sayones le pidieron que se la devolviera para jugar algo de baloncesto con ella, pero Trujillo se la negó y los mandó azotar por excederse en el cumplimiento del deber con regalos no apropiados para la hora de la comida.

**P**romediando la década de los treinta, se agudizó en la frontera dominico-haitiana un problema de los que ahora llamamos *de indocumentados*. En efecto, como es bien sabido, en el reparto de La Española, los haitianos llevaron la peor parte, ya que en su territorio, que es menos de la mitad del dominicano y bastante más pobre, se hacina una población que duplica a la de sus vecinos. Estos factores siempre han determinado fuertes presiones de haitianos famélicos sobre la frontera. Y en 1937 el problema se agudizó, pero no en forma muy grave para Trujillo, que ideó una solución práctica y expedita. Desplazó un regimiento con la orden de capturar a todo inmigrante haitiano que fuera hallado al este de la frontera, sin distinciones de sexo ni de edad. A continuación los inmigrantes ilícitos eran alineados frente a rústicas talanqueras que se habían levantado a orillas del río *Massacre* (qué curiosa coincidencia), y descabezados a machete, ya que el Jefe había ordenado que no se malgastaran municiones en esa gentuza.

**T**reinta mil cabezas de mozos, ancianos, mujeres de todas las edades y párvulos rodaron hacia las aguas del *Massacre*, y de allí al mar. El genocidio, naturalmente, trascendió, pero Trujillo permaneció impertérrito. Decidió negociar una indemnización para los *damnificados* de los *incidentes fronterizos*. Y ni aún en ese momento cedió un ápice en su cinismo escalofriante. Decía a sus allegados:

—Mientras yo negociaba, ellos seguían allá, cha, cha, cha.

Menester es aclarar que el cha-cha-cha en labios de Trujillo no era ningún ritmo antillano sino una imitación vocal del sonido de los machetes al caer sobre los

pescuezos de los haitianos.

**F**inalmente, el munífico Benefactor acordó entregar U.S.\$ 775.000 al gobierno haitiano para los sobrevivientes del Massacre. A orillas de este río, que aún arrastraba cuartos, troncos y cabezas, se reunieron fraternalmente los presidentes Trujillo, de República Dominicana, y Stenio Vincent, de Haití. Este último y sus ministros agradecieron emocionados la donación, brindaron con Trujillo por la amistad inquebrantable de los dos pueblos, y después de la entrevista procedieron a meterle un mordisco voraz. Pero en honor a la verdad y a la justicia, hay que reconocer que la tarascada del presidente Vincent y sus íntimos no fue total y algo dejó para los damnificados. Se calcula que a cada uno le quedaron dos centavos.

**A** raíz de este horrendo episodio, el Secretario de Estado norteamericano Cordell Hull dijo, indignado, al presidente Franklin D. Roosevelt:

—*Mr. President, this man is a son of a bitch.*

A lo que el Presidente replicó sin vacilar:

—*Yes, but he is our son a bitch.*

**U**no de los deleites morbosos con que más intensamente gozaba el Generalísimo era relevar a ministros y otros altos dignatarios sin previo aviso ni motivo. Para tal efecto, no utilizaba el consabido medio de la carta de despido. Se valía de una sirena que en forma súbita sonaba estrepitosamente por todos los ámbitos de la capital. En ese momento, los medrosos burócratas empezaban a temblar y a intercambiar conjeturas sobre quién sería el aludido. Una vez la sirena sonó para cierto ministril que se sentía muy seguro en su empleo. En consecuencia, siguió muy tranquilo en sus quehaceres, pensando que el fatídico pito sonaba para otro desventurado, hasta que dos fornidos polizontes irrumpieron en su despacho y lo sacaron a empellones a la calle preguntándole en medio de las más soeces palabrotas si era que se había quedado sordo.

**L**os enemigos de Trujillo nunca hallaron seguridad ni sosiego en el destierro, como otros. El ilustre profesor español Jesús de Galíndez escribió a comienzos de los cincuentas un libro que tituló *La era de Trujillo*. Esta obra, si bien contiene pasajes de dura crítica contra el Benefactor y su régimen, no es una diatriba feroz y, lejos de ello, hay en ella conocimientos y aún homenajes a la obra de gobierno del Generalísimo. Pero es que con él no cabían los términos medios. Cualquier expresión oral o escrita que no fuera un ditirambo exacerbado, era tenido por vituperio. Y ese

fue el vía-crucis de Galíndez. Estando en Nueva York, dos sicarios de Trujillo lo secuestraron y lo arrojaron por la chimenea de un vapor que aún no había apagado sus máquinas en el puerto de la gran ciudad. Hubo encendidas protestas y pesquisas de toda índole. Pero lo único cierto es que siempre ha sido, es y será un imposible rescatar el cadáver de un hombre de las calderas de cualquier navío.

**T**an seguro estaba Trujillo de que su poder vindicativo no tenía límites en el planeta, que solía repetir esta definición: *Cementerio: lugar de reposo para los difuntos y de advertencia para los vivos en cualquier parte del mundo.*

**P**ero hubo otro escritor que disfrutó de una suerte antagónica a la del desdichado profesor de Galíndez. Fue un colombiano de cuyo nombre es mejor no acordarse. La vida de nuestro compatriota había sido, hasta el episodio que se narra a continuación, una lucha prolongada, infructuosa y tenaz contra la indigencia. Escribió mucho y mal. Su obra de novelista es de una mediocridad asfixiante. En el periodismo y la crónica lo hizo mejor, pero no por ello pudo poner remedio a sus penurias económicas. *Me cansé de ser pobre*, dijo un buen día a cierto amigo suyo. En efecto, no sólo se había cansado, sino que iba a dejar de serlo. La brújula de su certero instinto apuntaba con firmeza hacia Ciudad Trujillo. El colombiano estaba bien informado y sabía que, si bien los escritores que denostaban al dictador dominicano terminaban alimentando las calderas de los barcos, los que le prodigaban alabanzas y zalemas se convertían al punto en los grandes mimados de la fortuna. Se endeudó para comprarse un traje de lino blanco y adquirir el pasaje y viajó a la Isla. Obtuvo a través de la Embajada de Colombia una entrevista con el mandarín y le propuso su plan: escribir dos libros sobre el paraíso dominicano y su artífice. Trujillo aceptó fascinado. Sabía que esa tierra de poetas y filólogos de donde venía su visitante no podía darle cosa mala en materia literaria. En seguida puso en las manos trémulas de nuestro digno escritor treinta mil dólares y la promesa de una suma igual a la entrega del primer libro, otro abono de idéntico valor al empezar el segundo e igual cantidad a su entrega. Además, la mejor suite del Hotel Embajador con gastos ilimitados. Y como si todo esto fuera poco, *secretarias* bellísimas y asaz dadivosas cuya misión, más que tomarle dictado al nuevo cantor de Trujillo, era depararle intensas veladas de refocilo carnal cada vez que las apetencias del feliz colombiano lo exigieran. Acaso, de todas las compensaciones que recibió de la infinita largueza trujillista, esta fue la que más lo gratificó, lo cual no es difícil de colegir si se tiene en cuenta que hasta entonces la pobreza había reducido a nuestro altivo e insobornable escritor a la camisa de fuerza de una desabrida y sofocante monogamia.



**E**l colombiano se dio a la tarea con frenesí. En la mesa de su desayuno nunca faltaron el caviar y la champaña francesa. De día trabajaba con disciplina ejemplar y al atardecer llegaba la *secretaria* de turno para celebrar con el noble apologista de Trujillo la desafortada ceremonia venusina con que terminaba la jornada. Y el primer fruto no se hizo esperar. Fue *La isla luminosa*, un himno desmesurado a la Era de Trujillo, del que se editaron cientos de miles de ejemplares de lectura obligatoria para todo buen dominicano. El segundo fue *Conozca a Trujillo*, una semblanza ditirámica del Benefactor en la que, cotejados con él, salieron harto mal librados Pericles, Julio César, Federico el Grande y Napoleón. Por supuesto, de este libro se hizo también una tirada gigantesca. El novelista cobró sus emolumentos y a continuación fue nombrado director del periódico *El Caribe*, cargo que desempeñó por varios años con excelente salario en dólares, hasta que su penetrante sagacidad le aconsejó imitar el ejemplo de los buenos jugadores: retirarse a tiempo antes de empezar a perder. Nuestro escritor había calado a la perfección a Trujillo y sabía de sus repentinas y arteras veleidades. Posteriormente, viviendo de nuevo en Colombia dentro de una estupenda holgura económica, contaba con satisfacción cómo su perspicacia le había permitido despedirse del Benefactor dentro de la mayor cordialidad y recibiendo el insólito homenaje de una invitación permanente e ilimitada para regresar cuando a bien lo tuviera con todos los gastos pagados y con trabajo bien remunerado. Este noble y altivo escritor colombiano llegó al final de su vida, tal vez con algunas tribulaciones en la conciencia pero seguramente con ninguna en el bolsillo.

**L**a fortuna acumulada por Trujillo en tan largos años de corruptela y latrocinio, alcanzó dimensiones de vértigo. Cálculos fidedignos y muy aproximados la estimaron en más de mil millones de dólares, cifra que no resulta exagerada si se tiene presente, por ejemplo, que el Benefactor llegó a ser propietario del 65% de la tierra útil del país. Recordemos que Calígula se revolcaba voluptuosamente en enormes arrumes de monedas de oro. Trujillo no le iba a la zaga. El día de su trágica muerte llevaba consigo un maletín con treinta mil dólares en billetes. Y veamos otra muestra contundente de la riqueza inconmensurable de Trujillo. ¿Cuánto vale la conciencia de un senador en el subdesarrollo? Sin duda alguna es costosa. Pero es evidente que si esta pregunta la trasladamos a los huéspedes del Capitolio de Washington, la cifra sube en forma considerable. Pues bien: Trujillo se dio el lujo que acaso no se ha dado ningún tiranuelo hispanoamericano: el de tener siempre a su entera disposición cuatro o cinco senadores norteamericanos sobornados de pies a cabeza. Y ya quedó dicho: para comprar a un parlamentario gringo se requiere algo más que calderilla.

Otro de los rasgos más extravagantes del Generalísimo fue su pasión obsesiva por el lujo en el vestir. Pero, desde luego, no fue lo que podríamos llamar en propiedad un auténtico petimetre, con toda la fina sobriedad que dicha condición impone. Es clásica la muy conocida definición de Brummel según la cual la elegancia es el arte de pasar inadvertido. Trujillo fue todo lo contrario del genuino dandy de la sentencia de Brummel. Fue un currutaco ostentoso, abigarrado y fanfarrón. Adoraba los bicornios ornados con plumas de avestruz y llegó a tener un centenar de ellos. Entre temas civiles y uniformes sobrepasó los dos mil. Las corbatas eran más de diez mil y los zapatos cerca de quinientos pares. Las camisas nunca bajaron de veinte mil. Estas cifras dan el estrafalario resultado de dos camisas y una corbata por cada día de su gobierno.

La familia de Trujillo es uno de los capítulos más grotescos de esta larga historia de pesadilla. Cuando Rafael Leonidas llegó al poder estaba casado con Bienvenida Ricardo, una gordita exuberante que, no obstante poseer ciertos encantos, empezó a desesperarlo progresivamente debido a su incurable esterilidad. Ya desde los años veintes, Trujillo mantenía un contubernio no muy disimulado con María Martínez, cuya fecundidad de roedora fascinaba a su amante. Ya en 1929, antes de su ascenso al gobierno, María le dio el hijo que siempre habría de ser su favorito: Rafael Leonidas Jr., mejor conocido como Ramfis. Cuando el nené cumplió cuatro años, Trujillo envió a Bienvenida a París, se divorció de ella, contrajo matrimonio con María y ascendió al parvulillo al grado de coronel del Ejército Dominicano. En consecuencia, el pobrecito hubo de cargar a su tierna edad con todo el pesado incordio de calurosos uniformes, sables, kepis y toda suerte de condecoraciones. En 1938, al llegar a los nueve años, el niño Ramfis ya era general de brigada. La megalomanía del Benefactor, como acaba de verse, no se detenía ante el oprobio del ridículo, y menos tratándose de él o su familia. Los otros hijos fueron Flor de Oro, que se casó con Porfirio Rubirosa, Radamés que era y sigue siendo un perfecto imbécil y Angelita, la menor, muy bella y ninfómana perdida, por cuyo lecho hospitalario desfilaron en rigurosa formación castrense todos los cadetes y oficiales jóvenes de las Fuerzas Armadas Dominicanas.

Ramfis Trujillo tenía todas las taras de su padre sin ninguno de sus atributos. Era lujurioso como él, pero con los dos agravantes de ser un beodo incorregible y un haragán que jamás mancilló sus manos con quehacer alguno parecido al trabajo. Matriculado en la Academia Militar de Fort Leavenworth, California, asistió a ella muy de vez en cuando por estar en Hollywood llevando la más escandalosa vida de crápula y regalando yates, autos deportivos y arrobos de joyas a las actrices que le prodigaban sus favores. Y resultó que como las universidades y academias gringas

son serias, ésta no se puso en consideraciones acerca de la familia del tarambana, sino que lo rajó y lo expulsó del claustro. Trujillo se encolerizó hasta el punto de llevar el caso a la ONU y amenazar con una ruptura diplomática. Una prueba más de que el Benefactor siempre vivió totalmente curado del temor al ridículo.

**C**laro está que las jaranas y derroches del joven Ramfis eran posibles debido a que, a dondequiera que llegara, por lo general a bordo del fastuoso yate *Angelita*, encontraba en su orden una cuenta corriente de un millón de dólares que a diario recuperaba su nivel inicial a medida que el atorrante giraba. Es muy posible que finalmente Trujillo hubiera dado muy en la intimidad la razón a los severos gringos de Leavenworth cuando, ya expulsado de la Academia, Ramfis emprendió el regreso a su patria a bordo del *Angelita* con un selecto grupo de badulaques y compinches de juerga. El yate llegó a puerto y el alborozado padre subió para dar la bienvenida a su amado primogénito. Cuentan los testigos de la escena, que el dictador estuvo a punto de llorar de ira cuando, al penetrar en el refectorio del navío se topó con el asqueroso espectáculo de Ramfis y su corte de parásitos, todos tendidos en el piso por los efectos de la borrachera, revolcándose entre sus propios detritus y torpemente abrazados a las meretrices que habían traído consigo.

**P**ero en cambio, en lo atinente a crueldad. Ramfis igualó y aún aventajó a su genitor. En 1959 fracasó una invasión de opositores de Trujillo. Muchos fueron capturados. Ramfis, que ya era general de la Fuerza Aérea como desagravio por su expulsión de Leavenworth, asumió la parte punitiva de la operación. Los insurrectos fueron atados y metidos en zurrónes de cuero. Luego, por orden de Ramfis, se les hacinó en aviones, de donde fueron arrojados al vacío a una altura mínima. Los sobrevivientes tuvieron el honor de ser degollados por Ramfis en persona.

**D**oña Altagracia Julia Molina, la madre del Benefactor, fue una señora tonta y bondadosa que sólo hizo un mal en su vida. Cuando su hijo ya era el amo absoluto del país y la segunda persona después de Dios, decidió escribir un libro absolutamente idiota de máximas morales. La *obra* de doña Altagracia Julia se editó en quinientos mil ejemplares, la Academia Dominicana de la Lengua la consagró como *Benemérita de las letras dominicanas* y la comparó con Cervantes y Quevedo.

**L**os hermanos del Benefactor fueron cinco. Uno de ellos era Héctor Bienvenido (*El Negro*), que era un bobazo imponente, lo cual lo hizo merecedor de la dignidad de títere de su hermano grande como *Presidente de la República* en una de

las vacaciones que se tomaba Rafael Leonidas. El Negro era dócil, atembado y sumiso. Por el contrario los otros cuatro, Aníbal, Virgilio, Petán y Pipí fueron el viacrucis de Trujillo durante las tres décadas de su régimen. Eran una cáfila de rufianes de la peor calaña que se dedicaron durante largos años a los más inicuos abusos y latrocinios. De ellos, el más siniestro fue Pipí quien, no contento con enriquecerse sin medida ni pudor, pasó a conspirar contra su hermano Rafael Leonidas, con lo cual la paciencia del Jefe tocó fondo. Poco después, el travieso y díscolo Pipí amaneció *suicidado* con varias ráfagas de metralleta en la bañera de su mansión.

**T**rujillo fue hasta el final de su vida, o sea, hasta pasados los setenta años, de una salacidad inextinguible. Bandas de celestinos amaestrados le reclutaban las barraganas de una noche que, a trueque de sus favores ineludibles, se procuraban joyas, automóviles y hasta jugosas sinecuras para sus maridos, si casadas. A menudo celebraba reuniones de damas de la alta sociedad en Palacio, con el pretexto de dirigir su palabra sapientísima *a la mujer dominicana*. De esas reuniones salían siempre varias elegidas que, inexorablemente pasaban al lecho del Generalísimo. Las recompensas no se hacían esperar. Sin embargo, a veces resultaban algunas pertinaces defensoras de su honra, trasnochadas heroínas de Lope de Vega que, a cambio de su empecinada castidad recibían la muerte en extraños accidentes de tránsito. La voracidad sexual de Trujillo no conocía límites ni matices. En esa materia, el Jefe era un omnívoro insaciable. Sin embargo, tenía sus predilecciones. Generalmente las prefería mulatoides, rollizas y pectopulentas. Además, le encantaba recitarles. Profesaba un desprecio rayano en el asco por la buena poesía. Pero a menudo apelaba a la más cursi y ramplona como arma de seducción. *Recitales a las mujeres en la cama*, era un consejo que con frecuencia solía repetir a su amado Ramfis.

**D**espués de la muerte de Trujillo, sus enemigos, en un acto de estúpida vesania, destruyeron el precioso archivo en el que, durante sus 31 años de gobierno, el dictador coleccionó acuciosamente los miles de cartas en que padres de vista gorda y maridos de largos cuernos y agudo cálculo financiero ofrecían a sus hijas y esposas para mitigar los tedios extraconyugales del Benefactor.

**D**udo mucho de poder proclamar que conozco el cuadro más bello del mundo, la más soberbia de todas las catedrales o la obra maestra de la escultura universal. Pero lo que sí afirmo con certeza dogmática es que conozco la casa más loba del mundo. Es la casa que los áulicos de Trujillo, con un costo de siete millones de dólares extraídos del erario público, regalaron al Generalísimo en 1950 con motivo de

sus bodas de plata de gobierno. Quien no haya recorrido detenidamente ese inmueble como yo lo hice, no podrá disputarme el privilegio de haber conocido la construcción más loba erigida por la mano del hombre desde el dolmen, el cromlech y el menhir.

**L**a casa, que es gigantesca, está construida en la parte más alta de un cerro que domina la ciudad de San Cristóbal, donde nació Trujillo, muy cerca de la capital. Cuando llegué cerca de ella, recibí el impacto fulminante de ver la literatura paseándose por la tierra tangible de la realidad. Casualmente acababa de asomarme por primera vez al prodigio de *El otoño del patriarca*, y por ello fue más hondo el estupor que sentí al toparme con cuatro o cinco vacas macilentas paciando en la grama seca y silvestre que crece en torno a esta lóbrega mansión abandonada. Una negra obesa me recibió con una sonrisa huérfana de dientes y se ofreció para guiarme a través de este inenarrable esperpento arquitectónico. Yo ya conocía la historia. Doña María fue la autora de la idea e intervino activamente en el diseño del bodrio. Trujillo no supo de la construcción, pues su señora y los validos querían darle la sorpresa. El día de la efemérides, fue invitado con un séquito selecto para conocer la casa. El Benefactor, como ya lo vimos, jamás fue un arquetipo de buen gusto y sobriedad. Pero el palacete rebasó todos los límites. La vista del pseudo-rococó de los primeros mármoles enfrió la mirada del dictador y empezó a endurecer su semblante. Vio las balaustradas que nunca soñaron en sus delirios más exacerbados los creadores de Guatavita la nueva. Vio multiplicadas hasta la alucinación en balcones, ventanas, muros, techos y barandas las cinco estrellas de su poder inconmensurable. Sofrenando la indignación, vio los artesonados de Budas mofletudos y dragones rampantes y vio cómo, en torno a los ombligos de los primeros y en las fauces de los segundos, lucían, en brillantes filigranas, sus iniciales y las de doña María. Vio los aposentos de Ramfis, Radamés, Flor de Oro y Angelita, también profusamente poblados de figuras grotescas. Su cólera estuvo a punto de estallar cuando empezó a entrar a los baños y comprobó que estaban totalmente enchapados en láminas de oro que mostraban su efigie de perfil y de frente; constató que igualmente áureos eran lavamanos, bañeras, mingitorios y bidets; y que para recibir el augusto peso de sus glúteos imperiales, los retretes ostentaban aros del metal inmarcesible. Trujillo siguió recorriendo el adefesio dentro de un hermetismo imperturbable que suscitaba una angustia creciente en los palaciegos que lo seguían y que cada vez se atrevían menos a pedirle una opinión. Al fin llegaron a la puerta de salida. El Generalísimo los envolvió a todos en una mirada que les congeló las asaduras y en el momento de abordar su limusina, les arrojó a la cara esta frase jupiterina:

—Jamás volveré a poner los pies en esta casa.

Y en efecto, nunca volvió. Hoy la casa no está en ruinas, simplemente porque tiene osamenta de fortaleza, aunque su aspecto externo sea el de un pastel envejecido. Pero está abandonada y carcomida por la roña y cariada por los años y la incuria. A través

de gruesas pátinas de polvo, aún sonrían los Budas regordetes y enseñan sus lenguas flamígeras los dragones orientales. Ahí están los bares de caoba tallada mirando desolados hacia los vastos salones en que jamás nadie bailó. Ahí está la espantable capilla desde cuyo recinto cualquier plegaria rebotaría contra el disgusto del más clemente y misericordioso de los dioses. En compañía de la negra, hice el periplo oyendo sus historias fabulosas y evocando estos tiempos de pesadilla. Y volví a oír y ver su risa desdentada cuando llevé a efecto la decisión que había tomado de no abandonar la casa más loba del mundo sin sentarme por un instante, así fuera con todas mis ropas en su sitio, en una de las letrinas de oro donde jamás quiso posarse el Generalísimo Trujillo.

**H**acia 1957, las relaciones de Trujillo con la Iglesia llegaron a un punto de extrema tirantez debido a las atrocidades que con frecuencia cada vez mayor, cometía el Generalísimo contra sus enemigos imaginarios o reales. La presión eclesiástica contra la tiranía se tornó intolerable para el Benefactor que, ya aburrido de homilías de prelados y amonestaciones del Nuncio Apostólico, echo por la calle del medio de acuerdo con su costumbre inveterada. Su decisión fue tajante: ultimar al Pontífice entrometido, en la convicción de que, cercenada la cabeza, los miembros cesarían en su agitación. Pero como comprendió que podría ser imprudente enviar sicarios a Roma para que abalearan a Pío XII en Castelgandolfo o lo sacaran de allí en vilo para arrojarlo por una chimenea naval como a Galíndez, optó por un medio más sutil y a su juicio no menos certero para liquidar a Su Santidad. En ese momento emergió con fuerza inusitada el brujo que siempre había subyacido en él. Llamó a Palacio a un compadre suyo de juventud que se había pasado la vida entregado al cultivo de la hechicería, y lo nombró agregado aéreo de la Embajada Dominicana en el Vaticano con la consigna de eliminar al Papa a punta de mal de ojo. Pero antes, Trujillo quiso cerciorarse de la eficacia letal de los poderes de que alardeaba el compadre y se lo llevó a una de sus muchas haciendas. Allí lo condujo a cierta parcela donde los mayores apacentaban a un poderoso semental, especie de supremo Rubirosa taurino, ante cuya sola presencia las vacas exhalaban tiernos mugidos de amor y se disputaban a testarazos el privilegio de sentir en sus tiernos lomos los setecientos kilos de rijosidad que el torazo prodigaba sin fatiga. El dictador impartió su orden terminante:

—Mátalo con la sola mirada. Y no tardes demasiado.

El mago no se amilanó ante el reto. Llamó la atención del astado y le clavó la vista. Si el más diestro de los matadores en la más gloriosa de sus tardes le hubiera hundido el estoque en la mitad del morro con precisión quirúrgica, este paradigma de vitalidad y de potencia no se hubiera escurrido tan pronto, como un costal vacío, despidiéndose de sus vacas amadísimas con los ojos vidriosos y estertores lastimeros en la entreabierta jeta. Trujillo dio un alarido de júbilo, anticipando en su mente la escena

del odiado Papa rodando exánime por las alfombras de las estancias pontificias como su toro acababa de hacerlo sobre las pasturas, ante la mirada pávida de los cardenales y la sonrisa imperceptible del misterioso matador. Abrazó al compadre y al día siguiente lo despidió en su viaje hacia Roma y la Santa Sede.

**D**esde la primera audiencia, el brujo empezó a aojar con especial intensidad al Beatísimo Padre. Pero el Vicario de Cristo, acaso guarecido por una invencible legión de arcángeles y serafines, permaneció inmune. El compadre solicitó otras audiencias, con el pretexto de presentar a Su Santidad un plan para crear la Guardia Suiza Aérea, pero después de tres o cuatro, el Papa no quiso conceder una más bajo la convicción de que el devoto diplomático se había vuelto orate. Perplejo ante la invulnerabilidad papal, el brujo renunció a su cargo y se asiló en Noruega con una gruesa suma, seguro de que si regresaba a la Patria, sería *suicidio* en seguida por inepto.

**C**uando un dictador ejerce la autoridad ilimitada, le da a este adjetivo todo su pleno significado sin admitir la mínima posibilidad de excepción. Veamos una prueba alucinante. Trujillo era un diestro bailarín y, por supuesto, en su megalomanía desmesurada no aceptaba que persona alguna lo aventajara en el arte de la danza. Un día, el Benefactor se encontraba presidiendo un convite campestre amenizado por un conjunto que ejecutaba sin cesar los incomparables merengues dominicanos. Bailaban numerosas parejas, pero entre todas empezó a destacarse nítidamente una en la cual, a su vez, sobresalía el varón por la gracia, el ritmo y la agilidad de sus pasos, hasta el punto de que los demás danzantes se marginaron del baile para admirar lo que todos estaban acordes en considerar como la más soberbia interpretación jamás vista del merengue vernáculo. Este consenso de admiración comenzó a poner fuera de sí al Jefe, que al fin perdió la paciencia al sentirse totalmente desplazado como centro de la atención colectiva. Con un tono seco y castrense llamó a uno de sus fámulos y le preguntó:

—¿Quién es ese mequetrefe?

El interrogado dio sin tardanza a Trujillo la identidad del danzante. Y no fue poco su estupor cuando escuchó la respuesta fulminante de Trujillo:

—Que lo destituyan en el acto.

Con la voz trémula de pavor, el lacayo replicó:

—No podemos destituirlo. Jefe, porque no es empleado público.

Y sobrevino en ese instante el clímax maravilloso de este episodio sin par. Los ojos del Faraón se pusieron incandescentes. Durante una mínima fracción de segundo cruzó por su mente la idea atroz de que pudiera surgir en el ámbito de sus dominios un obstáculo capaz de malograr o siquiera desviar ligeramente la dirección de sus

designios soberanos. La lava arrasadora de su poder absoluto subió hacia el punto de erupción, y se hizo verbo, materia y voluntad en las palabras tonantes del ogro que resonaron como disparos en los oídos de los palaciegos atónitos, quienes a partir de ese momento entendieron a cabalidad por qué las órdenes de Trujillo estaban tan exentas de barreras como los decretos de Dios:

—¡Entonces que lo nombren y lo destituyan!

Al otro día, cuando el danzante de los merengues cadenciosos empacaba jubilosamente sus valijas para partir cuanto antes a presentar sus credenciales como embajador dominicano ante la Majestad Imperial del Japón, sintió de pronto un sonido agudo y lúgubre que trocó su alborozo en la más inconsolable de las cuitas: era la sirena inmisericorde que anunciaba a todos los habitantes de Ciudad Trujillo su destitución del cargo, no ocupado aún, de representante diplomático de su patria ante el Mikado.

**P**ero si la anécdota estupenda que antecede es la cara cómica del poder absoluto, la que sigue es la trágica, la sobrecogedora, la espantable, por ser la prueba escalofriante de cómo, en el caso de personajes como Trujillo, ese poder puede a menudo volverse incontrolable para el mismo que lo ejerce y llegar, desgobernado y loco, mucho más allá de los límites que cree haberle fijado la soberana voluntad del déspota. El hecho es que Trujillo destinó todos los fines de semana de su largo reinado para recorrer las aldeas y veredas de la provincia dominicana con el fin mesiánico de resolver en forma personal, como gran padre providente, hasta las más banales necesidades de sus vasallos. El Jefe se sentaba siempre en una gran mecedora de mimbre rodeado de su escolta. Allí le llevaban los refrescos y allí desembocaba la larga fila que ordenadamente hacían lugareños y campesinos para plantear al Supremo sus cuitas, dolamas y carencias. ¿Que una comadre estaba enferma? No tardaba en acudir un médico por orden y cuenta del Benefactor. ¿Que la enferma era una vaca? En el acto aparecía un curandero con su bolsa de pócmas y ungüentos y su vasto repertorio de ensalmos. ¿Qué se había incendiado una chocita? De una enorme faltriquera sacaba el propio Jefe el valor de la indemnización en efectivo y la entregaba al damnificado, que estallaba en bendiciones y jaculatorias para el Mesías. ¿Que el marido de la comadre fulana se había largado con otra dejándola en la indigencia? Trujillo lo hacía buscar por dos de sus más fornidos matones, que luego de molerlo concienzudamente a palos, se lo devolvían a la afligida esposa ya domesticado para siempre. ¿Que a otro compadre le habían hurtado un puerco? Se le entregaba uno nuevo y se iniciaba la búsqueda tenaz del ladrón. Y así se pasaba el día. Terminaba de pasar la fila de menesterosos y todos quedaban gratificados y felices cantando las alabanzas del Benefactor. Sólo así puede explicarse lo que yo vi en un pueblito del interior dominicano catorce años después de la muerte de Trujillo. Por indicación de un amigo con quien viajaba, entramos a una humilde vivienda



rústica, donde fuimos acogidos con sencilla hospitalidad por sus habitantes. Y lo primero que vimos fue una gran foto amarillenta del Generalísimo iluminada por dos gruesas velas. A continuación, el dueño de casa nos expresó, con íntima y serena convicción, que esas luminarias no se habían apagado un solo instante desde mayo de 1961 y que seguirían encendidas hasta la próxima reaparición del Jefe, que había muerto sólo en apariencia y que volvería pronto para vengarse de sus enemigos y seguir prodigando la caridad entre los pobres del campo dominicano. Pero sigamos con el relato de este episodio delirante. En una de esas giras semanales, llegó Trujillo a un villorrio del interior donde, como de costumbre, lo aguardaba la gimiente romería petitoria. Al penetrar la limusina en la polvorienta plaza de la aldea, Trujillo no pudo contener una exclamación de sorpresa. En un banco desvencijado de la plaza, magro y provento y con la mirada perdida en el vacío, mascaba un chicote agrio Miguelito; el manso y apacible Miguelito, su compañero querido de escuela primaria, a quien con justa razón creía muerto muchos años atrás por ser el único de sus condiscípulos que nunca había reptado por las estancias de Palacio mendigando dádivas, prebendas y otras migajas del poder supremo. Aquella recóndita ternura que hasta los dictadores albergan en el fondo de sus entresijos, emergió al rostro y a la voz de Trujillo. Una amplia sonrisa le iluminó la cara pétrea y en el acto ordenó al chofer que detuviera el coche. Se apeó rápidamente. Los guardaespaldas, desde luego, lo seguían de cerca. El Generalísimo se le fue a Miguelito, lo abrazó estrechamente y le gritó con emoción:

—¡Miguelito! ¡Tú todavía vivo!

El vejete sonrió con sus dientes amarillos de tabaco y respondió débilmente:

—Aquí me tienes, Rafael Leonidas. Jodido pero llevando la vida con paciencia.

Luego, Trujillo se le acercó y le prometió al oído regresar más tarde en cuanto concluyera sus quehaceres paternalistas, tomarse un café con él y pasarlo en un santiamén de la pobreza a la más increíble opulencia. Miguelito dio las gracias con la más impresionante sobriedad y prometió a Trujillo esperarlo en el mismo sitio. Siguió la caravana y el Benefactor dio comienzo a su tarea. Al corto rato lo interrumpieron dos de los esbirros con las metralletas humeantes. El dictador sintió en el acto la sombra de una horrenda premonición. Les gritó:

—¿Qué han hecho, miserables?

Uno de los matasietes se adelantó y replicó con voz firme:

—Nuestra misión, Excelentísimo Señor, es interpretar al vuelo sus deseos y ejecutarlos en el acto. Nosotros notamos que usted no quería que su amigo siguiera vivo. Por lo tanto, acabamos de liquidarlo.

Media hora más tarde, mientras el cadáver acribillado del buen Miguelito aún yacía en la plaza, los sicarios eran arrastrados hacia un solar vecino y fusilados allí sin contemplaciones para sus patéticas protestas de fidelidad a Trujillo. Entre tanto, el Generalísimo, que sólo esa vez en toda su vida fue visto llorando sin pudor, evocaba a gritos a su amigo muerto y acaso meditaba sobre la inercia aterradora del poder

absoluto.

**E**n sus últimos años, la megalomanía de Trujillo alcanzó extremos demenciales. Virtualmente se enfrentó al mundo. Se enemistó a muerte con las naciones democráticas del Caribe y con la Cuba de Castro a la vez. Pero el más implacable de sus odios estaba dirigido hacia el bien bragado presidente de Venezuela, Rómulo Betancur, que sin tapujos ni circunloquios de ninguna especie, estaba predicando una cruzada internacional para eliminar la tiranía trujillista. En Washington ya había inquietud por las baladronadas de Trujillo. Pero lo más grave no había llegado aún. Llegó en el momento en que el Generalísimo decidió desembarazarse de Betancur. Contrató los servicios de un experto español en espionaje y terrorismo y le comunicó sus intenciones. El asesor estudió el caso y comunicó en poco tiempo su plan al Jefe. Consistía en volar el auto presidencial a su paso por cierta avenida de Caracas, mediante la ignición precisa y oportuna de veinticinco kilos de T. N. T. Por supuesto, era necesario planear minuciosamente el atentado antes de que González-Mata (el español) y sus conmlitones lo llevaran a cabo en la capital venezolana. Se decidió hacer explotar un carro semejante en una avenida dominicana parecida a aquella de Caracas en la cual se verificaría el atentado. González pidió un automóvil y dispuso medios electrónicos para tripularlo a distancia. Además, pidió que fueran confeccionados cuatro muñecos de tamaño humano para el ensayo. Esta última solicitud no satisfizo a Trujillo, que replicó indignado:

—¿Muñecos? No sea pendejo, González. Vamos a traer cuatro presos para que el ensayo sea más real.

El español sintió espeluznos. En su larga experiencia de sicario, en la que las vidas de las víctimas señaladas valieron siempre menos que la de una cucaracha, nunca había conocido una decisión que revistiera crueldad tan inútil. Pero no podía mostrar la mínima reprobación. Fue así como antes de una hora, el director de la penitenciaría les había remitido dos matricidas, un parricida y un infanticida que sonreían jubilosos ante el indulto que se les ofrecía por prestarse al experimento. Los cuatro criminales fueron colocados en el auto, el dispositivo electrónico lo puso en marcha y a la mitad del camino el T. N. T. cumplió su misión de manera impecable, hasta el punto de que muchos niños horrorizados y amas de casa atónitas, vieron cómo sobre sus patios y jardines y encima de los juguetes infantiles caían cabezas incompletas, miembros, vísceras diversas y gran variedad de mesenterios de extraña procedencia. Trujillo celebró con un brindis alborozado el éxito del ensayo. González conceptuó que este era suficiente. El Benefactor no estuvo de acuerdo. Era perfeccionista y quería otro. Pidió cuatro presos más. El director del penal le dijo que en ese momento no tenía asesinos disponibles. Trujillo le respondió que no se preocupara por esa tontería y le enviara sin demora cuatro raterillos comunes. El director, tembloroso, se los mandó. El experimento se repitió con igual suceso y, los fragmentos de los ladronzuelos

imitaron el viaje de sus antecesores y de nuevo realizaron el aterrizaje macabro sobre tejados, patios y solares. En ese momento ya Trujillo se declaró satisfecho e impartió la orden de que los ejecutores de la noble operación se trasladaran de inmediato a Caracas.

**Y** el 23 de junio de 1960 se efectuó el atentado con una precisión matemática. El auto presidencial dio un salto de cinco metros al impulso de la explosión y quedó convertido en una chatarra amorfa y humeante. Los ocupantes murieron de manera instantánea. El presidente Betancur sufrió algunas quemaduras epidérmicas en el rostro y dos graves pero no irreparables en las manos. Ese mismo día, apareció ante las cámaras de la televisión para lanzar su acusación colérica a Trujillo como autor del atentado y plantear ante el mundo la necesidad imperiosa de acabar para siempre con esta agencia de terrorismo impune que el Benefactor había instalado en mitad del Caribe. La situación de Trujillo ya era en extremo crítica pero su suerte no estaba aún echada. Faltaba el detonante final. Recordémoslo.

**E**l intento de asesinato del presidente Rómulo Betancur agotó la paciencia de la Casa Blanca y enardeció a todas las democracias de la zona. El presidente Kennedy resolvió, en consecuencia, tomar cartas en el asunto designando a un emisario especial para que con la mayor cortesía pero con igual firmeza, exigiera a Trujillo su retiro inmediato del gobierno. El emisario llegó a Ciudad Trujillo y se puso en contacto con el Generalísimo. Curiosamente, el Jefe no recibió al gringo en Palacio sino que se trasladó al Hotel Embajador para entrevistarse con él. Se inició el diálogo. El enviado especial, con la perfecta mezcla de suavidad y firmeza que le había pedido su presidente, expuso a Trujillo las razones que tenía la Casa Blanca para pensar que, después de treinta y un años de gobierno, ya era hora de que el ilustre mandatario se eximiera de las pesadas tareas del mando y se marchara, por ejemplo, a Europa a vivir plácidamente el ocaso de su vida con el respaldo de los ahorros que había logrado acumular tesoneramente en tres décadas largas de pulcra administración. En seguida, el enviado cerró su intervención solicitando a Trujillo una respuesta concreta para llevar a la Casa Blanca. El Jefe hizo una pausa larga y angustiada durante la cual clavó en los ojos del gringo una mirada que fácilmente hubiera acobardado a una pantera. Luego se puso lentamente en pie, se expresó en los términos más soeces respecto a la madre del presidente Kennedy, hizo otro tanto con la madre del enviado especial y le notificó que si en dos horas no abandonaba territorio dominicano, lo fusilaría en los jardines del hotel. El emisario, que sabía muy bien de la seriedad con que Trujillo formulaba sus amenazas, prometió hacerlo. El Benefactor salió dando un portazo y el gringo se largó sin la maleta, abordó un avión especial que tenía listo en el aeropuerto, pasó a Puerto Rico y de allí a

Washington, donde informó a su presidente todos los detalles, sin excluir los improprios con que Trujillo se había referido a Mrs. Kennedy. Ya no quedaban más alternativas. Puesto que el obstinado tirano y frustrado matador de Rómulo Betancur rechazaba de manera tan desafiante la opción pacífica de dejar el gobierno, la única vía posible era despacharlo a la eternidad. En consecuencia, la Casa Blanca trasladó sin demora el problema a la C. I. A. para la solución final. Estados Unidos había sido el Alfa de Trujillo. Ahora sería su Omega.

**L**os preparativos fueron minuciosos y pacientes. La caza de la fiera no podía fallar. Por su parte, Trujillo tuvo premoniciones que comunicó a sus allegados y que dieron lugar a toda suerte de conjeturas y especulaciones. Lo cierto es que, en los meses que antecedieron a su muerte, los íntimos le oyeron a menudo anunciarles a la manera evangélica que muy pronto ya no estaría con ellos. Y llegó el fatídico 30 de mayo de 1961. Ya de noche, se dirigía en un Chevrolet sin blindaje y con la sola compañía de un chofer hacia su nativa San Cristóbal, donde lo aguardaba una jovencita a quien en esa velada se proponía desdoncellar. Su edad avanzada pero con ella no decrecía la lascivia inagotable que había sido el signo predominante de su vida. Además, en la vejez apetecía más que antes la carne de las mulaticas apenas entradas en la pubertad. Extrañamente, no llevaba consigo la aparatosa escolta que las azarosas circunstancias del momento habrían aconsejado. El escuadrón homicida, comandado por el general Antonio Imbert Barrera, se repartió en tres automóviles. Sorpresivamente, en una curva del malecón lo bloquearon y arrancaron a disparar. Mantuvieron altas las luces de los carros para cegar a Trujillo. El dictador empuñó su revólver y salió a vender cara su vida. Alcanzó a herir a cinco de los conjurados pero estaba solo. El chofer había huido como una rata. La balacera proseguía. Los proyectiles fueron haciendo blanco en la humanidad del Benefactor y Padre de la Patria Nueva, que al fin quedó inerte y ensopado en sangre junto a una rueda de su coche. Había muerto sin duda alguna como un valiente. Subsiste la gran incógnita: ¿prefirió Trujillo hacerse matar peleando antes que irse a morir de apoplejía bajo la tutela afectuosa de su amigo Francisco Franco en las Islas Canarias? Nadie lo sabrá jamás, pero desde luego, es muy verosímil.

**P**oco después, la familia de Trujillo abandonó la Isla en momentos en que se procedía a tumbar las innumerables estatuas del Benefactor y a restaurar a la capital el nombre que le puso Bartolomé Colón. Salvo algunas propiedades que, naturalmente, pasaron al Estado Dominicano, el grueso de la fortuna familiar que estaba fuera, y aún buena parte de la que estaba dentro se salvó. Ello no es raro si se tiene en cuenta quién era el abogado que desde años atrás ejercía la providente custodia de ese patrimonio. Era un eminente jurista norteamericano cuya oficina

había alcanzado notable reputación y que más tarde alcanzó la presidencia de su país de la cual tuvo que salir a toda prisa evitando a tiempo que el Senado lo juzgara y destituyera por sus manejos hartos turbios y gangsteriles, valerosamente denunciados por la prensa y la opinión pública de los Estados Unidos. Su nombre, por si hay alguna duda: Richard Milhous Nixon, mejor conocido entre sus conciudadanos como *Tricky Dicky*.

**P**ara ponerlo a salvo de una eventual profanación, los familiares de Trujillo expatriaron el fiambre el cual, luego de varias vueltas, alcanzó el alto honor de reposar en el majestuoso cementerio parisiense de Père Lachaise. Allí vi su tumba, no lejos de Abelardo y Eloísa, de Chopin, de Oscar Wilde, de Molière, de Balzac, de Proust, de los mártires de la Comuna, de muchos otros difuntos gloriosos. Y salí pensando que en este maldito mundo, ni los muertos pueden librarse de las malas compañías.

## *CAPÍTULO V*

### *Genocidio y brujería*

*Vale más la vida de un insecto  
que la de un rebelde.*

General Maximiliano Hernández Martínez.

**L**a república de El Salvador, como bien se sabe, no es más extensa que nuestro Tolima y ha tenido siempre la densidad de población más alta de la América Latina. Corría el año de 1932 y empezaba a ejercer la presidencia de ese país el general Maximiliano Hernández Martínez, quien hubo de afrontar y solucionar una grave situación de orden público que se presentó a raíz de ciertos hechos derivados de los dos factores sociales y geográficos que acabamos de anotar. Con esa extensión y esa densidad demográfica, el 0.3% de la población salvadoreña, estimada entonces en unos tres millones de habitantes, poseía el 88.6% de la tierra cultivable. Pero qué se iba a hacer. Un docto geopolítico y sociólogo salvadoreño, luminoso exégeta del pensamiento del general Hernández Martínez, escribió por esa época que los campesinos y trabajadores no merecían una vida mejor debido a la tendencia a la molicie y a su funesto hábito de derrochar el dinero y no ahorrar ni la mínima parte de sus ingresos.

**F**ue así como los campesinos, en el clímax de la desesperación, y como consecuencia clara de haber sido tan malos ahorradores, se lanzaron en 1932 a una insurrección contra los latifundistas que a través de muchas generaciones sí habían cultivado con tenacidad y esmero la prudente costumbre de ahorrar y capitalizar buena parte de sus proventos. Por supuesto, los dueños de la tierra acudieron al salomónico general Hernández Martínez, que no tardó en aplicar un correctivo inmediato y eficaz a tan insólito acto de rebeldía de los siervos contra sus amos y señores naturales. Uno de los datos que más alarmaron al Presidente fue saber que a los terratenientes ya no les alcanzaban los cepos y los bretes para castigar en ellos a los peones haraganes.

**H**ernández Martínez era hombre de decisiones rápidas. Llamó a los altos mandos de su ejército e impartió órdenes muy concretas: perseguir sin piedad a los usurpadores de la propiedad ajena y enseñarles a balazos cómo guardar los mandamientos séptimo y décimo de la Ley de Dios. La operación empezó a cumplirse con precisión y velocidad sorprendentes, pero al General le pareció lenta. Él se había fijado una meta de treinta mil derrochadores muertos en menos de dos meses y quería ofrecer ese valioso regalo a los buenos ahorradores que anhelaban ver sus haciendas nuevamente en paz. Fue entonces cuando la brillante imaginación del Señor Presidente discurrió un arbitrio genial para solucionar el problema en un tiempo mínimo. Hizo publicar un bando por el cual se anunciaba una amnistía general para los sublevados y se les convocaba a las plazas principales de los pueblos y aldeas con el fin de empadronarlos y tener así un censo fidedigno que los que se acogerían al perdón oficial. Además, el bando ofrecía los términos de una gran reforma agraria. Los campesinos acudieron puntualmente a la misma hora del mismo

domingo infernal, y cuando las plazas se fueron llenando, sonó en todas la misma campanada mortal, a cuyo tañido las bocas de las ametralladoras de aspersión instaladas en las torres de los templos y en los tejados de las casas esquineras empezaron a vomitar plomo y no pararon hasta que los últimos insurgentes cayeron de bruces y se zambulleron en la muerte sin entender la insólita manera en que se manifestaba la demanda presidencial. A todas estas, las fosas comunes ya se hallaban abiertas, de modo que los sepelios colectivos se cumplieron en corto tiempo. Algunos fueron insuficientes pero los zopilotes se encargaron de realizar una vertiginosa e impecable faena de limpieza.

**E**l mundo entero se estremeció ante los procedimientos punitivos del mandatario salvadoreño, pero a él eso poco o nada le importó. La cacería de rebeldes fue complementada con el fusilamiento de los jefes en el cementerio de San Salvador y con una nueva modalidad cinegética que practicaron gozosamente durante los meses ulteriores los grandes barones de la tierra. Dicho deporte consistía en salir los domingos al campo con carabinas y abundante munición. Se sabía que los pocos sobrevivientes de la matanza, cuando se veían acosados, se refugiaban en las copas de los más altos árboles. La diversión consistía en disparar hacia las copas. El cazador que derribara el mayor número de insurrectos ocultos era objeto de un succulento agasajo que le brindaban sus colegas en la noche.

**U**n prestigioso corresponsal de *Time* visitó en la mansión presidencial al Primer Mandatario poco después de la carnicería. Le habló sin eufemismos y no vaciló en pedirle explicaciones por la masacre. Pero se topó con una barrera inexpugnable. El general Hernández era teósofo y profesaba sus creencias esotéricas con una fe irreductible. Dijo al periodista que no entendía el escándalo universal que se había suscitado por una imperiosa operación de orden público y agregó estas palabras inmortales *Aquí no ha ocurrido nada grave. Lo que pasa es que usted, igual que mucha gente, no entiende algo que es tan sencillo como incontrovertible. Si usted mata una pobre cucarachita, una pulga inofensiva, un pobre piojo cuyo único pecado es producir un poco de escozor o una ladilla indefensa, está cometiendo un crimen imperdonable porque esos infelices animalejos no reencarnan, y por lo tanto, mueren para siempre. En cambio, si usted sacrifica a un malhechor que está perturbando la paz social, en poco tiempo el finado procede a reencarnar en otro hombre probo y pacífico que jamás cometerá en esa nueva vida los desmanes y fechorías de la existencia anterior. En consecuencia, la verdad es que lo que usted le ha hecho es un inmenso beneficio. Los treinta mil muertos que tuvimos aquí van a ser en unos pocos años unos jóvenes sensatos y respetuosos de la ley y de la propiedad ajena y, por lo tanto, el gobierno no se verá obligado a castigarlos como a sus antecesores.* El



corresponsal, estupefacto, anotó la declaración del Señor Presidente en el más absoluto silencio, pidió permiso para retirarse y a la semana siguiente la dio a conocer al mundo.

**Y** como si todo esto fuera poco, el general Hernández despreciaba la medicina ortodoxa y sólo creía en una muy original que le había inspirado por la vía onírica cierta venerable deidad indostánica y que él ejercía y practicaba con un celo a toda prueba. En un laboratorio recóndito que tenía en Palacio y al cual sólo él podía entrar, se encerraba con frecuencia para manipular matraces, probetas, retortas y alambiques, de los que finalmente salían unos brebajes endemoniados de muy diversos colores a los cuales atribuía poderes sobrenaturales para curar de inmediato, y sin excepción alguna, cualquiera de las dolamas que suelen abatirse sobre la precaria condición humana, desde un catarro nasal hasta un cáncer que, empezando su ofensiva en el cerebro, concluyera haciendo metástasis en los zapatos del paciente. Todos los días se formaban frente a una de las puertas de la morada presidencial largas filas de menesterosos que acudían a la sapiencia del general Hernández en procura de una salud acaso perdida para siempre. El Presidente los recibía, les preguntaba las características de sus males y entregaba gratuitamente a cada uno una botella de agua roja, verde, anaranjada, azul, violeta, amarilla o de cualquier otro color que variaba según los síntomas expresados por el enfermo. Los pobretes recibían sus pociones, las ingerían con avidez, las dolencias seguían su curso inexorable, y a los pocos días o meses el guadañazo letal dejaba inmóviles y yertos a los infortunados en sus camastros. Pero el General no se alteraba por ello. Atribuía estos decesos a que los pacientes habían bebido los menjurjes sin la fe necesaria para que logaran el debido efecto.

**A** demás, el presidente Hernández no era ningún improvisador. Tenía sus elíxires milagrosos estrictamente clasificados. Los amarillos eran infalibles contra el vómito negro y el cólico miserere; los blancos, insuperables contra el garrotillo y la hidropesía; los rojos no fallaban contra la estrangurria y la peste gálica; los de tono violeta, especiales para la pechuguera y el dolor de costado; los verdes tenían una notable virtud contra el tabardillo, la pelagra y los retortijones flatulentos; los grises, incomparables para curar las bubas malignas y la perlesía; los azules, ideales para las correndillas, el eczema purulento y calenturas; los negruzcos insustituibles contra el tenesmo y la hetiquez; y finalmente, las anaranjadas, la mano de Dios contra la culebrilla y el mal de piedra.

**P**ero no sólo fueron los indigentes quienes hubieron de padecer los amargos rigores de la medicina presidencial. Una noche, después de la cena en Palacio, hacían una grata sobremesa en el refectorio el Señor Presidente, doña Conchita, Primera Dama de la República y su único hijo, que era a la sazón un fornido mozalbete de dieciocho años. De pronto, el joven heredero comenzó a sentir unas punzadas terribles en las tripas. Su padre acudió presuroso y lo tranquilizó prescribiéndole una fuerte dosis de jarabe amarillo. El desventurado obedeció y se zampó una botella entera. Los dolores arreciaron. Doña Conchita protestó a gritos y exigió la presencia inmediata de un médico ante unos síntomas que, a todas luces, eran los de la apendicitis en su fase aguda. Hernández se opuso con firmeza y declaró que ninguno de esos embaucadores pisaría jamás la mansión presidencial. En seguida, procedió a administrar a su vástago otra botella del licor amarillo. El pobre la bebió y entró en coma. Al rato, ya atronaba las estancias palaciegas con bramidos lastimeros de toro estoqueado, mientras doña Conchita gemía, se daba cabezadas contra los muros, blasfemaba como una buscona y arrancaba guedejas de su lengua cabellera. En la alta noche, la peritonitis cumplió su negra misión. El joven entregó el alma con las entrañas abrasadas y en medio de vómitos biliosos. Doña Conchita no pudo más. Después de hincar sus uñas de tigresa en el rostro del fallido curandero, abrió a patadas las puertas del laboratorio, lo hizo trizas con una tranca de madera y en pocos minutos las ventanas de Palacio empezaron a arrojar en cataratas policromas los brebajes presidenciales a la calle. En el silencio de la noche, cientos de botellas se estrellaron contra los yelmos de los centinelas impertérritos y se rompieron sobre los adoquines de la Plaza de Armas, produciendo una encantadora variedad de arroyos irisados que fueron a morir en las cloacas. Gobelinos, espejos, lienzos, jarrones y tapices padecieron las vitreas bofetadas que la madre sin consuelo lanzó contra ellos a manera de jabalinas iracundas. El prepotente dictador sintió por primera y única vez en su vida que se le entumecía la voluntad y que no era más que un perrillo doméstico lleno de pavor ante aquella pantera enardecida que hacía trepidar hasta los cimientos de Palacio con un estropicio cósmico de botellas multicolores destrozadas. Cuando al fin no quedó un solo frasco por quebrar, doña Conchita se abrazó al fiambre de su hijo, y así permaneció haciendo pucheros cacofónicos hasta que los guardias de Palacio tuvieron que arrebatárselo a la brava para meterlo en el féretro con uniforme de procónsul y oficiarle funerales de héroe nacional e hijo benemérito de la patria.

**E**l general Maximiliano Hernández Martínez padeció siempre un terror paranoico de morir envenenado por sus enemigos. Pero su magia omnipotente halló la precaución infalible. El general diseñó y mandó construir un gran péndulo mecánico dotado con el poder sobrenatural de oscilar sobre los alimentos del Presidente siempre que estuvieran exentos de cualquier tósigo maligno y paralizarse en el acto en caso de que las viandas servidas a la mesa de Su Excelencia vinieran

contaminadas de ponzoña sediciosa. La consecuencia fue que siempre comió en paz puesto que nunca faltó, perpendicular a su condumio, el péndulo de los presagios infalibles. Por supuesto, el mágico artefacto jamás dejó de oscilar y la digestión del general Hernández en ningún momento sufrió la mínima dispepsia.

**E**n 1944 fue derrocado el brujo. Con los ahorros acumulados honradamente en la presidencia salió para el exilio y se radicó en la vecina República de Honduras, donde adquirió una enorme hacienda agrícola y ganadera. Ya era viudo, puesto que doña Conchita había corrido una suerte muy similar a la de su hijo cuando, al quejarse de algún leve dolor en el epigastrio, el general Hernández le aplicó una copiosa lavativa compuesta por aguas medicinales de muy variados colores. La consecuencia de esta terapia fue que las aguas que entraron impetuosamente por un costado, le expulsaron el alma por el otro. Fue ese doloroso motivo el que determinó que el glorioso pacificador de las haciendas salvadoreñas tuviera que partir solo al destierro. Compró su finca. Pero lo malo fue que el ex-general jamás pudo aceptar que sus peones merecieran un trato distinto del que recibieron los campesinos que sus soldados cazaron como alimañas en 1932. Él sólo pudo verlos como esclavos con la única diferencia de que nunca pudo venderlos porque no había quién se los comprara. Las consecuencias tardaron pero llegaron. Muchos años más tarde, ya octogenario pero lleno aún de bríos y fortaleza, se paseaba por un platanar blandiendo el zurriago con que solía curar la pereza de sus trabajadores. En un momento dado, tres jornaleros que lo acechaban le cayeron encima y lo hicieron lonjas a machetazos. Una cocinera piadosa recogió las tajadas y les dio sepultura. Más tarde acudió a una pitonisa venerable que ejercía su menester en su propia caverna, no lejos de la hacienda, para interrogarla sobre la reencarnación del amo. La fiel cocinera salió llorando del antro de la bruja cuando ésta, con los argumentos incuestionables que le suministraron los renacuajos escaldados vivos en el caldero, le reveló que el general Hernández Martínez no había reencarnado en hombre alguno, sino en un buitre insaciable condenado a no conocer jamás el reposo de la muerte.

## CAPÍTULO VI

### *El escalofriante general Jorge Ubico*

*Partes más nobles cercenaba  
el cuchillo de obsidiana de  
Huichilopetzli que la navaja  
marranera de Burundún.*

Jorge Zalamea - *El gran Burundún-Burundá ha muerto.*

**E**l general Jorge Ubico fue contemporáneo de su colega Hernández Martínez en el período de gobierno. Ubico asumió el poder en Guatemala en 1931 y fue derrocado por un gigantesco movimiento popular y democrático en 1944. Tuvo siempre una obsesión maniática para la cual trabajaron febrilmente sastres, maquilladores y fotógrafos: ser el perfecto trasunto físico del Emperador Napoleón I. Este empeño apasionado lo retuvo largas horas de todos los días ante los espejos de Palacio verificando los progresos de la semejanza imperial. Llegó inclusive a permitirse en su dieta cotidiana ciertas licencias en materia de dulces y carbohidratos con el fin de cultivar una pancita moderada que contribuyera a aproximar su perfil al del Emperador.

**L**os biógrafos del general Ubico no han investigado con suficiente profundidad para entender y explicar las causas primeras que determinaron la rudeza de su talante. Su padre, don Mamerto Ubico, no fue exactamente un paradigma de ternura y suavidad. El nené Jorge creció y se asomó al uso de la razón viendo cómo don Mamerto, en su hacienda de Sacatepéquez, ataba a sus siervos a un árbol que tenía destinado para el efecto y los vapuleaba hasta desollarlos por cualquier desacato o negligencia en el trabajo. El padre solía conversar con el hijo después de la cena a fin de prepararlo y adoctrinarlo para la vida futura. A menudo le repetía: *Los hombres son en su gran mayoría bestias que no entienden sino el lenguaje del garrote. Es una lástima que este padre justiciero y ecuánime no hubiera vivido bastante para apreciar cómo el hijito amado llevó a la práctica estas normas.*

**S**e cuenta que en la Guatemala del General Jorge Ubico reinaba una seguridad impecable, hasta el punto de que las gentes dormían sin asegurar las puertas. Eso era cierto y no podía ser de otra manera. A los ladrones se les fusilaba sin apelación posible. Pero si se trataba de ladronas, el procedimiento era mucho más piadoso, en procura de una pronta enmienda: las fuerzas del orden las arrojaban en amplias albercas donde, una vez sumergidas dentro del agua en absoluta desnudez, se les aplicaban prolongados baños eléctricos que les hacían dar unos saltitos muy graciosos. De estas experiencias de alto voltaje salían las raterillas con imborrables lecciones de honradez y buena conducta. Por su parte, los enemigos políticos tenían dos opciones. Los más peligrosos eran fusilados, no sin antes colgarlos de los pulgares y amenizarles los últimos instantes de sus vidas con golvizas encarnizadas en las partes más nobles y sensitivas. Pero aquellos que, por no haber incurrido aún en contumacia, merecían la benignidad de Ubico, recibían un castigo más leve a manera de admonición. Primero se les aherrojaba de tal manera que no pudieran utilizar las manos. Luego se les colocaba, en forma de corona, un torniquete diseñado por los herreros de Palacio, fuertemente ceñido a la cabeza. En la mañana de cada

día, los carceleros bajaban a las ergástulas para cumplir dos menesteres: dar su desayuno de bazofia a los reclusos y apretarles un poco más el torniquete a fin de que, conforme con los designios de Su Excelencia, los cerebros expulsaran las ideas perniciosas que se habían alojado en ellos. El sistema no fallaba, puesto que las ideas vitandas siempre salían, o bien porque el usuario del torniquete enloquecía sin remedio, o porque eran arrojadas fuera del cráneo junto con la masa encefálica que emergía semejante a una magma grisáceo bajo los efectos de la presión. Y un detalle que no puede pasarse por alto. En todas las ceremonias ya descritas había siempre un fotógrafo cuya misión era tomar innumerables placas de todas estas conmovedoras escenas para regocijo del general Ubico, quien se pasaba horas en su despacho regodeándose con ellas y ufanándose a solas de la eficacia que sus ingeniosos procedimientos habían demostrado para preservar el imperio del orden en su amada Guatemala. Debe anotarse que el Presidente se aburría a veces con tantas fotos y entonces bajaba a las mazmorras para verificar la aplicación de sus muy originales métodos de corrección y enmienda.

**E**l general Ubico fue un buen hijo. No sólo guardó siempre en la memoria las lecciones ejemplares de don Mamerto, sino que las llevó puntualmente a la práctica. En su despacho del Palacio Presidencial había una columna de regular espesor que tenía una finalidad específica. Si cualquiera de sus colaboradores, sin exceptuar ministros, suscitaba el enojo del Mandatario por no haber captado el sentido cabal de una orden o por cometer el desatino de expresarle una ligera discrepancia frente a la soberana manifestación de su voluntad, el General hacía sonar una campanilla, a cuyo tañido acudían tres esforzados vástagos de la estirpe maya que nada preguntaban porque todo estaba sobreentendido. Su tarea consistía en arrancar chaqueta y camisa al pálido funcionario, sujetarlo a la columna y flagelarlo hasta que Ubico se sentía conmovido y daba orden de suspender la tollina levantando el dedo pulgar de la mano derecha. A continuación, los sayones recogían del suelo las túrdigas sanguinolentas del infeliz burócrata y lo arrojaban en cualquier camastro del primer hospital que se toparan. En cuanto recobraba la conciencia, lo primero que recibía era una esquela del Señor Presidente en que se le notificaba que no le sería aceptada la renuncia del empleo y que debería permanecer en él observando una conducta mucho más adecuada hasta que el general Ubico tuviera a bien enviarlo a descansar. (Se entiende que bien podía ser a su casa o en la Paz del Señor).

**E**l general Ubico imitó a su colega el Benefactor Trujillo en la costumbre de visitar periódicamente la provincia a fin de conocer y remediar las necesidades de su pueblo y administrar justicia. Conversaba con los campesinos y escuchaba sus requerimientos. Ubico manejaba una largueza muy a su manera y en extremo

arbitraria. Si, por ejemplo, le pedían una marimba para sus carnavales venideros, el Presidente les hacía entregar en pocas horas la más fina y sonora de toda la región. Pero sí, en cambio, llegaban unos rústicos a pedirle una parcelita de tierra por no tener dónde caerse muertos, Su Excelencia les echaba un largo sermón sobre el carácter sagrado de la propiedad privada y les aconsejaba paternalmente que se resignaran con su indigencia, por cuanto ella obedecía a los designios inescrutables de Dios. Además les recordaba a modo de advertencia, la barbaridad que habían cometido los campesinos del vecino Salvador y las medidas que por ello se había visto penosamente obligado a tomar su compadre Hernández Martínez, suplicándoles por favor que no lo forzaran a él a seguir los pasos del colega salvadoreño.

**E**n cierta ocasión, un compañero de armas de Ubico, hastiado con el baño crónico de sangre y el imperio del chivateo y del terror, decidió organizar y encabezar una insurrección que, según todos los cálculos y previsiones, prometía resultar infalible. En la práctica ocurrió todo lo contrario y la dictadura, más afianzada que nunca, comenzó a cazar a los sublevados fugitivos como a fieras montaraces y a aplicar escarmientos indecibles a los encubridores. El jefe supremo de la rebelión también fue capturado y Ubico, dichoso con este trofeo incomparable, ordenó que su amigo desleal fuera confinado en los calabozos subterráneos de Palacio. El propósito era lograr que delatara a sus cómplices que aún andaban libres por los más refinados métodos persuasivos y luego enviarlos a la otra vida con la mayor lentitud que fuera posible. El malogrado conspirador antevio minuciosamente todos los designios de Ubico y fue así como, en un golpe magistral de sagacidad, decidió frustrarlos mediante un suicidio rápido y expedito que, desde luego, no podía consumar por su propia mano debido a la obvia carencia de medios. Llamó a un jefe de gendarmes y le mandó decir al Dictador que había resuelto delatar a todos sus compañeros de conjura no aprehendidos aún, suministrando datos precisos acerca de sus paraderos, pero que ponía como condición ser escuchado directamente por el General. Lógicamente, Ubico se entusiasmó y, acompañado por una tortísima escolta de matones, bajó en seguida a los calabozos. Cuando el cabecilla del complot lo tuvo cerca, se limitó a arrojarle estas palabras:

—Escucha bien, Jorge: no es cierto que yo te haya llamado para delatar a nadie porque no soy un asqueroso malsín. Lo hice sólo para recordarte que eres un cochino bastardo y un hijo de la peor madre.

Inmediatamente, y sin dar tiempo a que Ubico se recuperase de su estupor, le disparó un escupitajo que dio en el ojo derecho del Señor Presidente con puntería castrense. Las previsiones del conspirador no fallaron. No había pasado un minuto cuando ya estaba convertido en un mazacote irreconocible y grotesco.

Contaba Pablo Neruda una anécdota en extremo divertida de oír y leer, pero nada envidiable de vivir. En pleno régimen del general Ubico, se hallaba el poeta en México y allí recibió una cordial invitación de los pocos escritores que aún sobrevivían en esa desdichada Guatemala, *Patria de volcanes acezantes y aves del paraíso*, de que hablara García Márquez. Se trataba de que Neruda hiciera una lectura antológica de sus obras en cierto teatro de la capital guatemalteca. Naturalmente, los invitados le aclaraban a Pablo en su carta que ya habían obtenido el permiso de entrada al país y la licencia para la lectura pública de sus poemas. La noche del recital el teatro estaba repleto y las primeras filas de la platea se adornaban con numerosos oficiales de la fuerza pública que lucían todo su abigarrado cargamento de alamares, charreteras, paramentos, condecoraciones y entorchados. Por supuesto, Neruda no cometió la temeridad suicida de presentar un repertorio de su poesía política y combativa. Por el contrario, hizo y leyó una primorosa selección de poemas juveniles de amor que, como se verá, fueron su seguro de vida. El recital fue todo un éxito. Pero el Poeta no habría de olvidar en el resto de su vida lo que vio cuando, al inclinarse para recibir los aplausos, posó los ojos en los palcos avanzados del teatro. En lo alto del escenario, a izquierda y derecha, estaban emplazadas dos potentes ametralladoras que durante toda la lectura apuntaron a la noble cabeza de Pablo. Según lo supo después Neruda de fuentes oficiales, los servidores de las mortíferas armas tenían órdenes de vaciar su contenido sobre el cráneo del Poeta en caso de que arrancara con la recitación de algún texto que pudiera juzgarse como subversivo. Pero no fue ahí donde radicó el peligro, puesto que Neruda se había anticipado a hacer una prudente selección para lograr un recital totalmente aséptico. El riesgo, ciertamente espantable, consistió en que la decisión de disparar o abstenerse de hacerlo, según el contenido de los poemas, fue dejada al criterio de los matarifes que operaban las ametralladoras los cuales, como es fácil suponerlo, no eran exactamente dos veteranos y doctos críticos literarios.

Cuando Neruda, en su pintoresco recital guatemalteco, empezó a leer su Poema Quince (*Me gustas cuando callas porque estás como ausente*) los burócratas y militares que se hallaban presentes estallaron en prolongados aplausos. Cuando, a la salida, el Poeta comentó con sorpresa el caso a sus amigos y anfitriones, estos le explicaron la causa de la cordial ovación. Quienes se la tributaron lo hicieron porque encontraron con pasmosa unanimidad que el verso inicial del Poema Quince podía acñarse como la dedicatoria ideal del Gobierno para la Oposición.



## CAPÍTULO VII

### *Del magnicidio al insecticidio*

*Cuéstele vuestra gula desbocada  
su pueblo al mar, su habitación al viento.*

*Quevedo - Elegía a los huesos  
de un rey desconocido.*

*Todo lo que en Nicaragua  
tiene cuernos y hace mu  
es de Tachito Somoza,  
así no lo quieras tú.*

*Copla popular nicaragüense.*

**E**l 21 de febrero de 1934, el comandante Augusto César Sandino cenaba en el Palacio Presidencial de Managua con el Primer Mandatario Juan B. Sacasa y el director de la Guardia Nacional, general Anastasio Somoza García. A la salida de la reunión, Sandino y varios de sus amigos fueron aprehendidos por los sicarios de la Guardia, quienes los condujeron a los arrabales de la capital y les dieron muerte a sangre fría por orden expresa e inapelable de Somoza. La cena de esa noche en Palacio había tenido como finalidad sellar la paz entre las fuerzas de Sandino, que habían tenido a raya durante largos años a los invasores norteamericanos, y el gobierno de Sacasa, así como otorgar al bravo luchador patriota todas las garantías para que él y sus hombres pudieran dedicarse a vivir y trabajar en paz y sin sobresaltos. Al día siguiente, Somoza ordenó una *severa investigación* para esclarecer los hechos de la víspera. Años más tarde cuando ya su poder absoluto se lo permitía, Somoza declaró cínicamente que él sí había dado la orden de eliminar a Sandino y sus hombres pero que lo había hecho acatando, a su vez, órdenes de la Embajada Norteamericana. Se había iniciado el imperio de los Somozas.

**T**acho I, fundador de la ilustre dinastía, fue heredero de una estirpe nobilísima de hombres de bien. Nació en 1895. Su abuelo paterno, Bernabé Somoza, fue ampliamente conocido por el sobrenombre de *Siete Pañuelos*, por alusión a la cantidad de éstos que se habría requerido para limpiar la sangre de cada una de sus víctimas. Él tenía su propia escala de valores en la cual las vidas y bienes de sus prójimos ocupaban un nivel indigno de tomarse en cuenta. No era culpa suya, sino de sus tendencias irrefrenables, según lo afirmó al final de su vida, la cual terminó en una horca erigida en la ciudad de Rivas, donde se balanceó hasta que los chulos dieron cuenta de él porque nadie reclamó la carroña. Más tarde, sus descendientes demostraron con pruebas que la ejecución del buen Bernabé fue un execrable error judicial, ya que todos sus homicidios fueron cometidos en legítima defensa.

**E**l hijo mayor de Bernabé, sin tener nada que reprochar a la conducta de su padre, decidió adoptar una radicalmente opuesta. No heredó una gran fortuna, puesto que la mayoría de los bienes que Bernabé recibió de los difuntos con que pobló tantos cementerios, fueron confiscados por el Estado. Pero algo le quedó y con esos recursos hizo una vida de honrado caficultor. Su mayor preocupación fue la de que su amado hijito Anastasio recibiera una educación a toda prueba que lo capacitara para una vida honesta y laboriosa y lo guareciera de las diabólicas tentaciones con que el Maligno quiere siempre inducir a los hombres buenos al pecado. Fue así como, con ahorros y esfuerzos, lo envió a estudiar a los Estados Unidos. Pero ocurre que los genes son saltarines y traviosos, y en el joven Anastasio se impusieron con fuerza incontenible los del azaroso abuelo sobre los del padre honorable y pacífico. Pronto abandonó los

estudios por entregarse a la juerga y a las barajas. En estas últimas la suerte le fue propicia debido a la destreza insólita que siempre mostró en toda guisa de trampas y fullerías, que le sirvieron para subsistir decorosamente.

**T**acho regresó a su patria, donde desempeñó muy diversos quehaceres. Fue vendedor de autos, inspector de contadores eléctricos, mercader de abarrotes y ultramarinos, y en sus horas libres, tratante de mujerzuelas y faraute de las mismas. Por esa época, pese a las cartas marcadas y los dados fuertemente cargados, la suerte le dio la espalda hasta que las vicisitudes de su noble ministerio de tahúr lo llevaron a la necesidad de fijarse objetivos más altos en la vida. Lo primero que hizo fue arrimarse a las dos sombras que a la sazón prestaban el mejor abrigo en Nicaragua: las familias de la aristocracia y las fuerzas norteamericanas de ocupación. En materia de familias, no había mucho dónde escoger, puesto que la cúpula de las mismas estaba formada por unas pocas entre las que sobresalían los Sevillas, los Sacasas y los Debayles. Somoza era lo que llamaríamos en Bogotá un perfecto lobo. Pero era sagaz y en consecuencia puso en juego toda una sabia estrategia de encantos y señuelos para incrustarse en la plutocracia. Ya había alcanzado un puesto de importancia en la jerarquía militar y gozaba de la privanza de los norteamericanos. Era, además, gárrulo y simpático y, aunque regordete, eminente bailarín. Puestas todas estas fichas en el tablero, y manejadas con destreza sin par, el peón no tardó en dar jaque a la reina. En 1921 se celebraron pomposamente las bodas del joven oficial de la Guardia con Salvadorita Debayle, parienta cercana de la legendaria Margarita. Las nupcias tuvieron lugar en un kiosko de malaquita y durante la fiesta desfilaron cuatrocientos elefantes a la orilla de la mar.

**A** partir de entonces, el ascenso de Tacho fue rápido y sin tropiezos. Removido el grave obstáculo de Sandino en 1934, sólo le faltaba el salto del comando de la Guardia Nacional al poder absoluto. Los dos años que siguieron fueron de continuas conjuras de Tacho contra su amigo y benefactor, el presidente Juan B. Sacasa, hasta que éste, a punto de enloquecer, dejó el cargo en manos de un títere, cuya única función fue hacer unas elecciones amañadas en las que Somoza García ganó la presidencia por un margen enorme de votos. El primer día de 1937, Anastasio era presidente constitucional de Nicaragua.

**E**se día se inició en Nicaragua una de las típicas dictaduras caribeñas con todos sus rasgos característicos, a saber:

a) La rapacidad sin freno. En corto tiempo, Tacho llegó a ser, como todos sus colegas de la región, el hombre más opulento de su país.

b) Crueldad vesánica. Le encantaba que le llevaran las cabezas de sus opositores recién cortadas. Inclusive, alguna vez quiso hacer una colección de ellas, pero tuvo que desistir por no haber encontrado un taxidermista idóneo para que le aderezara el museo.

c) Lubricidad inextinguible. Igual que Trujillo, Tacho era un atleta erótico sin parangón, que no tardó en convertir la población femenina de su país en un vasto serrallo a su servicio.

d) Inocultable simpatía por las ideologías fascistas. Tacho I era un idólatra de los déspotas del Eje. Desde que fue comandante de la Guardia Nacional, creó su propio escuadrón de matarifes con el nombre muy nazi-fascista de *Camisas Azules*, calcado de la S.S. hitleriana y los *Fasci di combattimento* italianos. Sobra decir que estos criminales tuvieron a su cargo y desempeñaron con lujo de competencia todos los trabajos más viles y sucios del Régimen. Pero también hay que aclarar que igual que todos sus colegas; a la par con Trujillo, Ubico, Carias y Hernández Martínez, al día siguiente del ataque nipón a Pearl Harbor abjuró de su filo-nazismo, hizo pública profesión de fe democrática y declaró la guerra a las potencias totalitarias lo cual, como debe suponerse, causó honda consternación en los altos mandos militares de Tokio, Roma y Berlín.

**L**a era del primer Somoza transcurrió sin sobresaltos. En 1939 hizo un viaje triunfal a los Estados Unidos. En una rueda de prensa, los periodistas le pusieron el tema de la democracia. Somoza dio esta respuesta: *La democracia es a los pueblos lo que la comida a los individuos. Si ustedes le dan a comer a un adulto un buen tamal con salsa picante, lo nutren y lo vigorizan. Pero si le dan la misma dosis a un niño de meses lo pueden matar. Su país es el adulto mientras que el mío es el infante. Saquen la conclusión.*

**T**al vez hoy, fuera de Nicaragua nadie sepa quién fue Rigoberto Pérez López. Pero bien vale hacer memoria de él. Fue, en pocas palabras, el perfecto arquetipo del anarquista. Enemigo exacerbado de Somoza, huyó a México para evitar que los *Camisas Azules* lo hicieran picadillo. Pero ahí, en su destierro, innúmeros remordimientos empezaron a mortificar su sensible conciencia de anarquista. No estaba haciendo cosa alguna mientras sus hermanos gemían bajo el yugo de Tacho. En consecuencia, no tardó en llegar a una conclusión propia de todos los de su linaje. Bastaría liquidar a Somoza para que la tiranía se desplomara en el acto y renacieran como por ensalmo todas las libertades. Idéntico criterio al de los anarquistas rusos, que creían con fe ciega que bastaba dar muerte al zar de turno para que se derrumbara la monarquía. Rigoberto escribió a su madre una carta conmovedora en la que le anunciaba su propósito y le daba instrucciones para cobrar un seguro de vida de

veinte mil córdobas que había suscrito para no dejarla en el desamparo. A continuación viajó para cumplir su cometido.

Con la mayor impavidez, Rigoberto se dirigió a León, donde Tacho I presidía una ceremonia oficial. Se abrió paso entre la multitud. Nadie pudo pensar que tras aquella catadura de poeta famélico se ocultaba la fuerza homicida de un anarquista resuelto a todo. Cuando estuvo cerca de Tacho, le disparó a quemarropa cuatro tiros de pistola. En segundos, los guardias del dictador lo convirtieron en una compota de plomo y carne macerada. En horas, un avión enviado por el presidente Eisenhower lo condujo al afamado Hospital Gorgas, de la Zona del Canal. Una semana más tarde, Tacho I expiraba y la madrecita de Rigoberto cobraba el seguro.

Muerto Tacho I, por supuesto no pasó nada. Dentro del riguroso orden dinástico, asumió el poder el mayorazgo Luis Somoza Debayle. A su hermano Tacho II no le hizo ninguna gracia, pero hubo de conformarse con la comandancia de la Guardia Nacional. Y para rematar su mala suerte, Luisito resultó democratoide y enemigo de procedimientos duramente represivos. El fundador había muerto en 1955. Luis gobernó hasta 1963, año en que lo *reemplazó* un testaferrero llamado René Shick, parecido en sus tendencias a Luis. Con escasa diferencia de tiempo, ambos murieron de ataques cardíacos en los que nadie creyó. En 1967, Tacho II era *elegido* presidente de Nicaragua.

Yo estuve en Managua en 1974, en pleno somozato. Permanecí en la capital una semana, durante la cual pude percibir la paranoia alucinante que le había quedado a Tacho II a raíz del asesinato de su padre. Una mañana me hallaba en la cafetería del Hotel Intercontinental, listo para hincar las puntas de mi tenedor en las yemas de dos succulentos huevos fritos con jamón. Y cuán no sería mi estupor cuando, en vez del doméstico trinche, se hundió en los huevos la acerada punta de una bayoneta. Tiritando de miedo, levanté la vista y me topé con el rostro inexpresivo y cobrizo de un soldado que se limitó a decirme: *El general Somoza acaba de llegar al hotel. Nadie debe moverse de su sitio hasta que él salga.* Terminada la visita de Tacho al hotel me recuperé del susto y pedí unos huevos pasados por agua.

Coincidió mi permanencia en Managua con una *campana electoral* de Tacho II para su reelección. En esa *campana*, la paranoia de Somoza llegó a la locura. Para recorrer el país lo hizo en coche blindado. De ahí sus gorilas lo sacaban directamente a una enorme tripa de plástico a prueba de balas y bien refrigerada. La

tripa se colocaba sobre una tarima y desde allí Tacho peroraba a través de megáfonos que emergían desde el interior y que daban al artefacto un grotesco aspecto de pulpo.

**B**ien conocido es el proceso del derrocamiento de Tacho II. Finalmente recaló en el Paraguay a la sombra de su colega Stroessner. Los dictadores forman un sindicato fraterno y los supervivientes acogen a sus colegas en desgracia siempre que se porten bien y no infrinjan las leyes de la hospitalidad. Pero esas leyes no contaron para Somoza ni para su amado retoño Tachito III. Stroessner tenía como amante a una bellísima modelo y su hijo Hugo a otra. Pues bien: lo primero que hicieron padre e hijo al llegar a Asunción fue echarles el ojo a las beldades intocables y tratar por todos los medios de arrebatárselas a sus anfitriones. Además de eso, compraron una hacienda de cien mil hectáreas en el norte del país, lo cual fue juzgado por Stroessner como un exceso. Ya colmada su paciencia, el veterano dictador se limitó, sin molestarse para nada, a abrir las puertas del Paraguay a los enemigos de Tacho y permitirles sin cortapisa el porte e instalación de armas ligeras y pesadas. Eso bastó. En septiembre de 1980, Somoza iba tranquilamente en su auto blindado por una de las principales avenidas de Asunción. Al pasar frente a una casa de gran lujo, de alguna ventana salió un bazukazo de potencia anti-tanque que convirtió el coche acorazado en chatarra y a Anastasio II en carne para hamburguesas. Sin embargo, los ejecutores de la operación no quedaron satisfechos y, con el fin de disipar cualquier duda, bajaron a la calle y rociaron concienzudamente con sus metralletas los restos del automóvil. Una vez cumplida su misión, se esfumaron y nadie ha vuelto a saber de ellos. Los Stroessner, por su parte, hubieron de experimentar un profundo alivio al saber a sus hermosas barraganas a salvo de merodeadores extranjeros. Fue así como la dinastía que nació en 1934 con un magnicidio, terminó para siempre en 1980 con un insecticidio.



ALFREDO IRIARTE. Bogotano, escritor, periodista. Ha sido colaborador de *La Nueva Prensa*, *El Espectador*, *El Tiempo*, *Cromos*, *Magazín al Día*, *Nueva Frontera*, *El Mundo*, *Diario del Caribe* y otros medios. En la actualidad es miembro del Comité Editorial de la *Revista Diners* y colaborador permanente de la misma. Igualmente, se encuentra vinculado como colaborador científico a la *Historia de Colombia* que publica Editorial Salvat y como redactor a la *Historia de Bogotá* que prepara la Fundación Misión Colombia para el trisesquicentenario de la capital. Es autor de una Guía de Cartagena de Indias y ha publicado dos libros: *Un juicio crítico sobre la obra literaria de Jorge Zalamea* (primera edición, Editorial Colombia Nueva, Bogotá, 1966, y segunda edición, Casa de las Américas, La Habana, 1968) y *Lo que lengua mortal decir no pudo* (primera edición, Colcultura, Bogotá, 1979, y segunda edición, Ediciones Hombre Nuevo, Medellín, 1981).